



LOW WRITERY

Bypils

The scariest moment is always just before you start.

Stephen King.

La página en blanco

Sin querer, he dado un manotazo a la taza de café. El brebaje se desparrama por la mesa y mancha todos mis papeles. No pasa nada. Son notas de...nada. Levanto el ordenador a tiempo. No quiero que se moje y pierda mis archivos. Hace meses que no hago copias de seguridad y aquí está toda mi obra... Aunque... ¿Qué obra? Hace ya siete semanas que estoy en blanco. Ninguna historia me atrapa. No consigo hilvanar más de dos párrafos seguidos...

¿Qué me está pasando?

Antes, me iba a pasear y veía una preciosa niña con un gorro de lana roja e inmediatamente, una historia de ese gorro y como llegó a la cabeza de aquella criatura, me abordaba sin yo quererlo. Y lo escribía. Y...era feliz.

Ahora...Nada.

Ninguna historia.

La cuestión es que, además, no me encuentro muy bien. Estoy apático y muy cansado. Si la fatiga no me puede, siento ansiedad por todo lo que quiero escribir y no escribo. Por todo lo que debería escribir y no escribo.

No escribo.

Y siento que me falta algo...

Cuando tengo una historia siento como un chute de adrenalina. Una inyección de vitalidad y efervescencia. Me estoy afeitando y pienso en el protagonista. Hago la compra y se me ocurre una idea magistral con la que “matizar” la obra. Espero -*como agua de mayo*- que todos se vayan y me dejen solo, con mi portátil y mi historia. En ese estado soy inmensamente feliz y...me siento vivo.

Además, *vivo* de eso. De escribir. De enseñar “Escritura Creativa”. De mis artículos en la prensa digital, de los post de mi blog literario, de las ventas de mis libros...

Nunca pensé que ese famoso síndrome de “La Página en Blanco” me pasara a mí... Siempre he tenido tantas, tantas ideas...

Tengo frío.

Siento la ansiedad. Maldita zorra despiadada. Se me enrosca en el estómago y no deja de apretar...

Ahora, sudo.

Esto es una mierda.

La Crisis

-Click-

-Esteban, ¡Esteban! ¡Contesta, por Dios! - Mi hermana me está tocando la cara- ¿Qué te pasa?

Estoy sorprendido- ¿Cómo que qué me pasa? Nada. ¿Qué me va a pasar?

Sus rostros muestran confusión. Están desconcertados. También tienen miedo. *¿No estábamos comiendo tan ricamente para celebrar el cumpleaños de mamá? Yo me encuentro bien. No sé a qué viene tanto drama.*

- ¡Qué susto! Es la segunda vez que te pasa eso estando conmigo, Esteban. - mi hermana es la que está más asustada.

-No te entiendo, Noelia. ¿Qué es lo que me pasa exactamente?

- ¿No te das cuenta? – Le digo que no con la cabeza- Te vas. De repente, te desconectas. Cierras los ojos y estás de 5 a 6 segundos como en otro mundo. El otro día, tenías los ojos abiertos, pero hoy los has cerrado. ¡Dios mío, he pensado que te habías muerto!

Ahora soy yo el que me asusto. No recuerdo nada de eso. Estaba a punto de ponerme el tenedor en la boca. Mi madre hace una paella para chuparse los dedos y...lo siguiente es las bofetadas que me ha dado mi hermana. ¡Vaya hostia! Me froto el rostro dolorido – *No me acuerdo de nada. - les digo.*

Mi padre, un señor de ochenta años de la vieja escuela que habla lo justo, se levanta trabajosamente de la mesa. –*Hay que ir a Urgencias-* sentencia con su voz firme a pesar de la edad.

No quiero ir a Urgencias. Prefiero esperar a mañana. Es domingo...

Todo el mundo sabe que, en festivo, hay médicos suplentes y que el servicio no es el mismo que un día laborable. Y eso que tengo una Mutua Privada. Hace un par de días, la madre de un amigo estuvo más de seis horas en un pasillo infernal de Urgencias de un Hospital Público. Para una radiografía de una fisura de pie...Expongo mi argumento a la familia, pero no les convengo. Mientras estaba pensando en Urgencias, me ha vuelto a pasar. Me he “ido” de nuevo.

Me llevan a Urgencias.

Ahora, el desconcertado soy yo. He estado en el Hospital, en Urgencias, pero siempre con una sintomatología palpable. Un dolor terrible en la pierna, dificultades para respirar a más de 39°C, una salpicadura de lejía en un ojo, pero... sin ninguna sensación anómala en mi cuerpo, así, nunca antes había estado en Urgencias.

Me hacen la anamnesis: Edad, medicación habitual, etc., etc... Un electrocardiograma, la presión sanguínea, una placa de tórax, una analítica y un TAC. Es mi primer TAC. En algún momento de la vorágine, pienso que la experiencia me puede proporcionar alguna historia...

El médico de Urgencias sentencia que, aunque todo está normal, me sigo *desconectando* (se ve que les ha costado sacarme del tubo del TAC) y que hay que ingresarme en el Hospital para “ver” alguna cosa más.

Nooooo.

No y no.

Me ingresan en el Hospital.

Estoy una semana. Más analíticas, más pruebas. Una resonancia magnética y un electroencefalograma con privación de sueño. Me tienen veinticuatro horas sin dormir. Es difícil no dormirse cuando sabes que está prohibido dormirse...

Me han traído mi portátil. Lo tengo abierto en un documento de Word que me insulta a la cara cada vez que lo miro. Blanco como una patena.

Pensaba que esta situación hospitalaria y esta experiencia anormal de no dormir iba a hacer que surgiera en mí la idea de un gran *Best Seller* pero, la verdad, es que sólo he tenido unas ganas de dormir terribles...

¿Y si escribo sobre un hombre que empieza a no dormir? Cada día, duerme unos minutos menos hasta llegar un día en el que no duerme. Me parece una idea genial hasta que mi cerebro, muy molesto e irritado conmigo por la experiencia de vigilia continuada, me advierte que justamente ese es el argumento de una novela de Stephen King: *Insomnia*.

Tras siete días de pruebas y más pruebas, me dan el alta sin saber qué es lo que me pasa.

El diagnóstico: estrés y ansiedad.

El tratamiento: Tomarse la vida con más calma ¿?

Y ansiolíticos...

Mi hermana me insiste: *Un psicólogo, o un psiquiatra. Que te ayude con lo de la separación... Esteban, eso aún no lo has superado. Y me siento aún más desconcertado porque yo sé que sí : ya lo he superado.*

¿Ansiolíticos? ¿De verdad?

La Vuelta

Me cuesta expresar la alegría inmensa que siento cuando introduzco la llave en la cerradura de mi piso. Es un entorno novedoso en mi vida, pero ya lo he incorporado en mi rutina familiar. Ha sido fácil... Vivo en el Born de Barcelona, en un piso antiguo, de techos muy altos y suelos azulejos neumáticos de estampados simétricos. Cuando nos separamos, vendimos la casa que habíamos comprado cuando nos casamos y , gracias a la locura del mercado inmobiliario, ella se pudo ir a vivir a un pueblo costero y yo comprar y reformar este piso modernista... No todo fue malo. Sacamos rendimiento económico de nuestra relación fallida...

Después de una semana de mierda, lo que más me apetece es hacerme un cappuccino con mi cafetera italiana y fumarme un cigarrillo, sin tener que sacar medio cuerpo por la ventana y vigilar que las enfermeras no entren y me pillen *in fraganti*.

Mientras degusto mi café robusta con la cantidad exacta de leche fresca, pienso en Susana. Nada fue mal pero todo fue mal. No pasó nada y eso acabó con todo... Simplemente, tras cinco años de convivencia sentimos que ya no había nada que nos conectara.

Ningún enfado. Ningún reproche... Ella quería seguir desarrollando su carrera de derecho y era feliz en su trabajo en un prestigioso bufete de abogados en Barcelona. Lo que más le gustaba de su vida era trabajar. Le gustaba incluso más que yo... Y yo, yo... También un adorador de mi trabajo, pero... mi trabajo era escribir. Perderme en mis mundos fabulados, vivir en mi anarquía horaria... Me fui haciendo más bohemio y ella, más... No sé qué palabra utilizar, pero me viene a la cabeza "cool". No la echo de menos como compañera de piso, porque en los últimos tiempos, los dos buscábamos espacios individuales donde no coincidir. Y sigue siendo mi amiga... Eso me recuerda que debo llamarla. Alguien, que no sé quién ha podido ser porque mi hermana no le dirige la palabra, le ha dicho que he estado ingresado...

Ya me he acabado el café. Me estiro en la silla, y observo mi cocina con aires *vintage*. Me apetece hacerme una tortilla. Me salen riquísimas. Recuerdo, en el hospital, en algún momento de duda y zozobra a la espera del diagnóstico, pensé que nunca más me haría un bocadillo de tortilla...

Es curioso. Juré que, si salía de ahí con buenas perspectivas, disfrutaría más de las cosas sencillas. Como una tortilla... ¡Eh! Puedo intentar escribir sobre los pequeños detalles simples de la vida que parecen pequeños, pero se hacen grandes cuando no los tienes...

¡Una idea! ¡Una idea, por fin! Sé que el tema está muy trillado, pero lo estoy sintiendo ahora mismo y me será más fácil describirlo. Será algo muy, muy auténtico.

Diferente...

Cuando llevo media hora delante de la pantalla, con un párrafo de diez líneas como único descriptivo de mi estado exultante siento, de nuevo, que la ansiedad se apodera de mí. Para distraerme, me pongo a hacer la tortilla y, esta vez, siento como me desconecto.

Hay un algo anticipatorio. Como una ola de energía extraña que se expande de mis pies a mi cabeza y cuando llega a su punto máximo... ¡Click! Me desconecto...

Lo he sabido por el tenedor con el que estaba batiendo los huevos, que se ha caído de mis manos durante la crisis.

Aunque me hayan dado el alta y me digan que “sólo” tengo estrés, estoy acojonado.

Muerto de miedo.

¿Qué me está pasando?

Sigo delante de la pantalla de mi portátil, con ese documento abierto en el que no hay nada. Cojo el diccionario y elijo tres palabras al azar. Uno de los ejercicios clásicos de la literatura creativa...

Escribo las tres palabras: *Ata*, *Arañará* y *Rajar*. Tres. Es una de esas técnicas infalibles que les digo a mis alumnos que utilicen, que seguro que funciona... Empiezo a pensar que soy un pésimo profesor... Entonces, se me ocurre algo. No es nada pretencioso y sólo me dará para un relato, pero... noto como se me activa el chip de escribir. Es una señal muy débil, pero, ahí está, emitiendo...

Pongo mi mano encima del ratón y empiezo...No.

No empiezo nada. Me falla el *mouse*. Se conecta y desconecta...

En el Mac aparece un mensaje "*Nivel de batería bajo. Cambie las pilas del Magic Mouse.*" En el cajón dónde deberían estar las pilas, no quedan más que dos de las pequeñas. Recuerdo que compré dos paquetes con doce unidades cada uno. Entonces, veo a mis sobrinos en el salón. Emocionados con los regalos de Navidad... Todos y cada uno de aquellos juguetes ultra-modernos, requerían de pilas. *Mis pilas.*

Me fastidia mucho tener que bajar al Paqui del barrio a estas horas, pero no sé escribir sin mi *ratón*. No hay forma de que me acostumbre al *mousepad* del portátil. Supongo que será una manía, pero es lo suficiente fuerte como para que me rehaga de nuevo y vaya a por las putas pilas.

Tengo una idea. Tengo tres palabras. ¡Una historia! Nada me va a parar y, menos, unas pilas alcalinas...

Mientras escribo siento que le energía fluye a través de mi cuerpo. Es tangible. Yo casi la puede ver y juraría que es de un intenso color azul. Casi violeta...

Me revitaliza. Mis neuronas parecen quererse de nuevo y se conectan. Se abrazan entre ellas.

Sigo escribiendo mi relato.

No hay nada que me dé más vida.

Cuando pongo el punto final sé que lo titularé "*La Caja de las Palabras*", me siento efervescente. Debería estar exhausto pero lo que estoy es energético.

Me miro al espejo y veo que mi piel tiene ese tono entre sonrosado y dorado que es habitual en mí. Estos últimos días, me veía de un extraño color amarillo verdoso que, sumado a mis desconexiones me hacía temer lo peor. Sé que no es posible, pero, incluso, creo que tengo más pelo... Me ducho y me siento bien...

Si quieres ser escritor, lo primero es hacer dos cosas: leer mucho y escribir mucho. No conozco ninguna manera de saltárselas. **No he visto ningún atajo.**

Stephen King

El amor

Tengo ganas de ver a Itz.

Itz...

Le entrevisté para un artículo sobre contaminantes en el aire. Es investigadora del CIS. Su especialidad es el medioambiente y los contaminantes, claro. Tenía un trabajo tranquilo en la Universidad hasta que llegó Volkswagen con su fraude medioambiental... Tras dos años sin tener una relación estable, ni satisfactoria, ni tan siquiera divertida, me encontré con Itz. Nunca había creído en eso del “Amor a primera vista”. No me había pasado con Susana, ni con nadie hasta Itz. Cuando nuestros ojos conectaron, sentí que esa conexión se expandía hacia dentro, cubriendo todo mi ser.

Sorprendente. Intensamente sorprendente.

Cuando me ingresaron en el Hospital, le pedí que me diera un tiempo. Sé que quería estar a mi lado, pero consideré que era mejor mantenerla alejada de mis padres, mi hermana y mis sobrinos... Sobre todo, de mis sobrinos... Cuando se iniciaron las crisis, hacía poco tiempo que la conocía. Admito que lo que me pasó con Itz fue inusualmente intenso y me tenía muy enganchado, pero ganó la batalla el miedo atroz que tenía a estar enfermo.

La llamo y noto que se alegra.

Yo también. Y mucho.

Me dice que se pasará por mi casa cuando salga de trabajar. Me pongo nervioso en el tiempo de espera. Eso no me había pasado antes... ¿Tendré, de verdad, algo en la cabeza? ¡Dios! ¡Me sudan las manos! ¿Otro cigarro? O, mejor ¿otro café? ...

Cuando abro la puerta y lo primero que me encuentro es la gran sonrisa de Itz, mis nervios se esfuman por arte de magia.

No me saluda. Me da un beso profundo.

A los pocos minutos, estamos follando en el sofá de mi apartamento...

-. Joder, Esteban. ¡Qué mal lo he pasado! Te dan esas crisis, te ingresan en el Hospital y... me dejas a un lado. ¡Bravo! Sin noticias. No sé ni cómo estoy aquí...

Está fumando mientras tapa sus pechos con la manta del sofá. Veo que está temblando. Algo palpita, ligeramente, en un lateral de su cuello...

-. Lo sé, Itz. Ha estado mal y, ahora, si volviera a atrás no lo haría así.

Este es uno de los argumentos base que más he utilizado en mis trances personales. Sean de amor. Sean de amistad. Sean de familia. El concepto es elástico y da para todas esas modalidades de excusa, pero para que funcione siempre tienes que haber hecho una valoración previa del riesgo de que “eso” a lo que aludes, vuelva a suceder. Es la maldita probabilidad de repetición.

En este caso, y ante el diagnóstico médico, difícilmente me volverían a ingresar en el Hospital. Máximo, me enviarían a un especialista. Supongo que un psiquiatra. El riesgo de que Itz interactúe con mi familia es casi cero.

- Te lo prometo, pero...En ese momento, rodeado de mis padres, de la histérica de mi hermana... No sé. Pensé que era mejor que no pasaras por esa tortura...

Itz le quita importancia. Si algo me engancha de esta mujer es su capacidad para priorizar las cosas importantes. - *Lo importante es que tú estás bien. ¿Por qué estás bien?, ¿no?*

Antes de responder, me sorprende pensando en que hay una posibilidad de que quiera que esa mujer forme parte de mi vida lo más permanentemente que sea posible.

Y creo que se lo voy a decir...

Convalecencia

El neurólogo me ha dado quince días de baja. No estoy muy de acuerdo con su decisión porque yo me encuentro bien, pero he tenido que avisar al Club de Escritura Creativa donde doy clases y al Periódico dónde hago la columna semanal. Para esto último, siempre he tenido artículos generalistas y atemporales por si me pasaba algo así. Hasta ahora, nunca los había utilizado. Incluso estaba pensando en hacer una recopilación y publicarla... He elegido dos artículos de reserva que considero la "Joya de la Corona". mi baja temporal, por eso, me va bien para poner el freno a mi editora. Me va apremiando con lo de la novela. *"Una obra de las tuyas, Esteban"*, *"Fresca"*. ¿Fresca? De momento, no tengo nada en la nevera de las novelas *frescas*...

Itz viene a verme casi cada día... Mis amigos, me miman...

Leo lectura atrasada, la prensa diaria e, incluso, me he hecho un maratón de las series de televisión que tenía pendientes. Practico una hora de ejercicio e intento alimentarme equilibradamente...

Escribir, no escribo nada.

Leo sin parar y he puesto en práctica todas las técnicas que conozco, incluida la de las palabras del diccionario y la de la escritura sin ton ni son, pero desde el relato "La Caja de las Palabras" ninguna historia viene a mí.

La primera semana, aún he estado bastante activo, pero hasta Itz se ha dado cuenta que me estoy volviendo a ... apagar...

Estoy fatigado. Me siento lento...

No puedo evitar recordar el mensaje de mi *mouse*: *Batería baja. Cambie las pilas*. Y de la nada, una idea impacta en mi cabeza: *Escribir-Recargar*.

Escribir-Recargar. Escribir-Recargar. Escribir-Recargar.

Sería una buena historia si no se tratara de mí y si...no fuera verdad por qué ¿No puede ser verdad? ¿No? ¿*Escribir y recargarse?*

Me atrevo a hablarlo con Itz. ¿Es posible que, al no escribir, me esté quedando sin...pilas?

Itz se ríe. Sus carcajadas me hacen poner las cosas en su lugar. Pero, ¿Qué tontería estoy diciendo? ¿Cómo voy a tener pilas?...

Cuando Itz se va, por eso, examino cada recoveco de mi cuerpo esperando encontrar algo duro bajo la piel. Algo así como un compartimento. Me palpo las axilas, el cuello, el estómago y los huevos. No llego a la espalda. ¡Claro! Estará en un lugar en el que yo no pueda acceder. Tiene su lógica...

Estoy buscando, buscando, buscando cuando noto que el mensaje de **Low Battery** de mi cuerpo es cada vez más insistente, aunque sólo lo perciba yo.

Notó como me voy adormilando y entonces, aparece, de nuevo, esa extraña ola expansiva que me recorre y me anuncia que me voy a desconectar.

Hago "Click".

Cuando vuelvo de mi "ausencia" yo mismo me voy a Urgencias. Paso por todos los trámites. Me hacen pruebas, consultan mi historial y me envían a casa con ansiolíticos y la promesa de que voy a estar dos semanas *tranquilo*... La enfermera me dice: ¿*Es Ud. escritor, ¿no? Pues ni se acerque al ordenador, ¿Me oye?*

Y cuando pronuncia esas palabras siento ansiedad y un miedo terrible. ¿Qué no escriba? Si no escribo, me moriré...

Ya en casa, más tranquilo y un poco más lúcido, reflexiono sobre mi teoría de unas pilas o una batería. ¿Quién la habría puesto en mí? ¿Y dónde?

Sigo agotado.

Me cuesta hasta vestirme así que voy todo el día con la camiseta y el pantalón de pijama que utilizo para dormir...Sé que doy pena y que empiezo a parecer un poco loco.

Itz hoy se ha enfadado conmigo. Su mente científica se niega a valorar siquiera la teoría de las pilas recargables del escritor. Es más, me ha retado a demostrarlo. *Empíricamente*, me ha dicho.

- *Sí lo que dices es verdad, Esteban, escribiendo te “recargarás” y dejarás de sentir esa fatiga crónica. ¿No es así? Pues la solución es fácil: escribe y lo vemos.* - Noto que se está hartando de mí y de mis delirios...

Así que, aquí estoy de nuevo, ante mi Word en blanco ... Pruebo con la escritura automática. Pruebo a escribir mal. Pruebo a escoger palabras del diccionario. Leo. Paseo. Pruebo. Paseo.

Estoy cabreado. Me auto compadezco. Pienso en mi vida. ¿Qué he conseguido? ¿Qué soy? ¿Quién soy? Le doy una patada a la caja de la televisión que me he comprado y que tengo que guardar 15 días por si no va bien.

¿Puedo devolver *mi vida*, aunque ya la haya usado?

Y cuando estoy casi a punto de cerrar el portátil, se me ocurre. Uno que quiere devolver su vida...

Cuando uno quiere devolver unos años de su vida.

“No podrá devolver la devolución. La devolución es única en la vida, personal e intransferible. No se aceptan vidas que no conserven el *packaging* original y todos sus accesorios.”

Y empiezo a escribir...

La energía violeta se hace palpable y empieza a recorrer mi cuerpo. La idea va tomando forma y sigo escribiendo... Diez, once páginas. En el número quince me paro para descansar y prepararme un café. Las piernas me responden y no me noto tan cansado. Aún estoy ojeroso y asqueroso, pero algo empieza a cambiar. ¿Seré idiota? ¿Cómo puedo creer que me estoy recargando al escribir?

El personaje que mi imaginación ha recreado, está en una sala de espera, en la zona de “Devolución de Vidas” dispuesto a devolver la suya. El tipo me atrapa. Mientras doy vueltas al azúcar del café se me ocurre una idea. Un matiz que cambiará el relato... Me encanta sentir de nuevo esta energía...

En la página número veinte de un texto especialmente bueno, decido que me voy a duchar. Cuando estoy acabando de cambiarme con ropa limpia que huele mucho a suavizante gracias a la mano de Itz, llaman a la puerta.

Es ella. Me mira sonriendo y me dice que tengo muy buen aspecto. Entra en casa con bolsas llenas de comida sana. Mientras va dejando sus semillas, algas y otros mejunjes verdes que sabe a rayos, me pregunta si he vuelto a escribir.

- ¡Veinte páginas! - Me doy cuenta que lo estoy gritando.
¡Veinte!

Estoy superando la media de mis mejores tiempos. Mi máximo de páginas (con algo decente, claro) era de ocho. Y estas veinte...Estas son buenas. Muy buenas.

La sensación de euforia se va expandiendo por mi cuerpo. ¡He vuelto! ¡Vuelvo a escribir! Estoy pensando en acortar mi baja laboral por prescripción médica, aunque Itz me lo saca de la cabeza.

- *Es posible que sea esta situación de relax y desconexión sea la que te inspire. El cerebro necesita su higiene...*

La miro y mi mirada se vuelve sexual. Hace tiempo que no me pasaba esto... ¡Sí! Definitivamente, he vuelto.

Esta vez, la guio hacia el dormitorio. Nos merecemos hacer el amor en una cama. Mientras el desnudo la oigo murmurar: *Bendito placebo...*

El sexo es especialmente placentero. Se produce una de esas ocasiones en la que *los tempos* son perfectos y las palabras, precisas. Este es un aspecto fácil en mi relación con Itz. Fácil porque nos sabemos *leer* y, también, fácil porque nos sabemos *escribir* perfectamente.

No nos solemos “relajar” en la cama como en la típica escena post-coital tan universal. Los dos nos levantamos y nos vamos a la cocina. Itz se prepara un té rojo y yo, un espresso y con el cargamento de “ínas” nos sentamos en el sofá. Bueno, Itz se acurruca en el sofá. Eso sería más exacto.

- *¿Qué has querido decir con lo del Efecto Placebo? Le preguntó después del primer sorbo de café. No me lo saco de la cabeza.*
- *Pues eso, Esteban. Crees que escribir te recarga, has escrito y te sientes pletórico. Típico efecto placebo. No hay ninguna evidencia científica que asocie esos dos factores. Yo creo que es más una cuestión de “rutinas cerebrales”. Itz es muy práctica y tiene muy poca psicología. Cuando nos empezamos a conocer más profundamente, me advirtió que su grado de empatía está muy cerca del cero absoluto.*
- *Ya. ¡Eso te lo podría comprar, pero...! ¡El deterioro físico es tan evidente! ¿Cómo puede crearlo mi cerebro? Me baja la temperatura, me disminuye la frecuencia cardíaca, me cambia hasta el color de la piel... ¡Tengo ausencias! Itz es algo más. Lo presiento.*
- *No te digo que no, Esteban, pero es una cuestión médica. Deberíamos comentárselo a tu médico de cabecera. Hay más pruebas que se pueden hacer y...*
- *¡Pero ahora me encuentro perfectamente! -la interrumpo- NO quiero volver al médico. Me estoy poniendo muy nervioso. Itz me coge de la mano y me susurra que no iremos. Por lo menos, ahora, en este instante no iremos, pero me hace prometer que si me vuelvo a sentir tan mal dejaré que ella tome el mando. Y me llevará a dónde haga falta, añade.*

Se me ha pasado esa extraña euforia. Me siento como un niño y me acurruco contra ella. A los pocos segundos, me doy cuenta que soy un imbécil.

Pero un imbécil, muy imbécil.

Esa idea se reafirma cuando Itz se va. No he parado darle vueltas a lo de las pilas.

Sigo pensando que en algún lugar de mi cuerpo hay una batería y la estoy buscando. Creo que sé dónde está...

Cuando follábamos he sentido una extraña pulsación en la parte más baja de la espalda. Me temo que esa batería está cerca del culo. Antes de ducharme, me pongo las manos alrededor de los riñones, en la posición de aguante de las embarazadas y me miro en el espejo del baño. La imagen es grotesca y sonrío a mi reflejo. Sí, tengo mirada de imbécil.

Una incipiente barriguita está afeando mi perfil, siempre tan estilizado. No me gusta lo que veo y me distrae de mi búsqueda obsesiva de una *batería-interna-que-se-queda-sin-energía-si-no-escribo* que está insertada en algún lugar de mi anatomía.

Me palpo, me apretó, me masajeo... Nada. No noto nada. Me viene a la cabeza esa extraña luz violeta que parece emerger de mí ser cuando escribo. De la parte posterior... El tema tiene que estar por ahí...

Estoy manoseándome cinco minutos más ... Cuando apretó con demasiada intensidad la zona de mi riñón izquierdo, la voz de Itz se materializa en mi cabeza: "*Bendito Placebo*" ... En la última mirada al espejo decido acabar con esta locura. Lo que he visto reflejado es a ese imbécil que convive conmigo en mi interior y me ha dado miedo...

Hay una única persona, además de Itz, a la que le puedo expresar todas mis dudas. Mis miedos... Es mi gran amigo, compañero de vida, de cosas buenas y de cosas malas. Quiero hablar con Simón y explicarle esta idea loca de la batería insertada en mi cuerpo que se recarga cuando escribo. Estoy a punto de llamarlo pero... al final , no lo hago.

Me siento en mi mesa de escribir y abro el portátil. Tengo pendiente "Devolución" y quiero continuar con la historia. Sé cómo hacerlo. Me he estado anotando, en modo analógico, los vericuetos de la historia. Tengo todo el argumento en esa vieja libreta de espiral manchada de aceite...

Mientras estoy escribiendo, creo oír *algo* emitiendo desde mi coxis. Me convengo de que son imaginaciones mías e invoco a Itz con su racionalidad. Bip. Bip. Bip.

Es muy débil, pero lo oigo ¿O es esta cabeza loca que se lo está inventando? Me froto la zona... Nada. Omito el *bip-bip* y no hago caso a mi cerebro, pero, inmediatamente después, la luz violeta chisporrotea a mi alrededor...

- *Es mentira, es mentira, es mentira.* Me voy repitiendo ese mantra mientras intento concentrarme en *Devolución*.

No sé si voy a poder seguir escribiendo, esta luz me desconcentra. Y me desconcierta... Levanto un poco el culo de la silla. La veo perfectamente. Es de un intenso color violeta y parece ir bajando de intensidad. Si estuviera aquí Itz, lo vería con sus propios ojos.

Y entonces se me ocurre una gran idea. Un selfy! Se lo podré enseñar a Itz. Seguro que la luz morada es visible.

Cojo mi teléfono móvil. Me abro de piernas e introduzco el brazo por el hueco. ¡Mierda! No llego. Alcanzo mi palo de selfy , coloco el teléfono y lo vuelvo a intentar. ¡Perfecto!

Hago una foto de ese extraño haz de energía que desprende mi cuerpo...

Cuando la miro, esperanzado, veo que no hay nada más que mi gran culo en esa fotografía.

Ni luz, ni color violeta, ni nada de nada. Me siento tan ridículo al borrar esa instantánea de mi Galería de fotos que la tontería se me pasa de golpe.

Me apetece escribir y olvidarme de todo esto.

Abro mi vieja libreta, miro la pantalla, suspiro y ...escribo.

Me gusta hacer diez páginas al día, es decir, dos mil palabras.
En tres meses son 180.000 palabras, que para un libro no está mal.

Stephen King

Tristeza.

“Devolución” se resuelve con 65 páginas. Una novelita corta, un relato largo... Da lo mismo. Han sido dos semanas de trabajo intenso, pero me siento pletórico. Tras el trabajo de edición, decido publicarla en el blog. Ni se la envió a mi editora ni a María, mi lectora comprometida que siempre me dice la verdad de lo que escribo. No me lo pienso dos veces.

La publico y siento la satisfacción del *share* de forma inmediata. Mis seguidores me recompensan con sus “*me gusta*” y sus comentarios y felicitaciones.

Subidón.
Subidón total.

Voy a comprar algo especial para la cena que le voy a preparar a Itz. Es una sorpresa...

Decido no coger el ascensor y bajo por las escaleras...Silbando.

Ya no me acuerdo de lo de la batería insertada en algún lugar de mi cuerpo (con sospechas del coxis y sus cercanías).

Está olvidado.

¡Qué tontería!

Olvidado.
Olvidado.
Olvidado...

Después de *Devolución*, vuelve la sequía creativa... Me paso una semana de crisis profesional, sintiéndome una miseria humana, incapaz de enhebrar más de dos frases con sentido. Me han llamado del periódico en el que colaboro, pidiéndome un artículo especial. Les he dicho que sí, pero me está saliendo humo de la cabeza intentado ser brillante en mi texto sobre la "*Percepción de la imagen corporal y su evolución en las últimas décadas*"...

A Itz se lo oculto. Estoy fatigado de nuevo y no quiero que me obligue a ir al médico.

Hoy es viernes y espero que el fin de semana me ayude a rehacerme. He quedado con unos amigos... Ahí estará Simón y creo que voy a hablarle del "tema"... Me irá bien una opinión externa, externa...

Estoy preparándome para salir cuando suena el teléfono. Lo cojo distraídamente.

- *¿Esteban Rey Muller?*

El tono serio me pone en alerta. ¿Debo algo? Creo que no. La voz me repite la pregunta.

- *¿Esteban Rey Muller?*

- *Sí, soy yo.*

- *Le llamo del Cuartelillo de la Guardia Civil de Janás. Tengo que darle una mala noticia.*

¿Janás? Eso está de camino al pueblo de mi padre.

Mis padres.

Mis padres este fin de semana iban al pueblo a un encuentro de primos.

- *Sus padres han sufrido un accidente de tráfico. Lo siento. No hay supervivientes. Han fallecido los dos.*

- *¿Perdone? ¿Qué me está diciendo? ¿Es una broma, no?*
- *Desgraciadamente, no es una broma señor. Siento causarle más molestias en este momento difícil, pero debería personarse en el Cuartelillo para los temas de papeles y...*
- *Tengo que llamar a mi hermana.* – Siento que estoy bloqueado. No me lo creo. Hay niebla. ¿Es esto un sueño? ¿Mis padres, muertos? No. No me lo creo.
- *Haga lo que crea conveniente, Señor Rey. Nosotros necesitamos que un familiar directo se persona aquí lo antes posible.*
- *Tengo que llamar a mi hermana.*

Antes de realizar esa llamada hago una cosa insospechada. Fuera, está lloviendo y yo siento un grito desgarrador que está intentando abrirse paso y salir al exterior con toda la pena y furia que me embarga en estos momentos.

Mil veces he visto esa imagen de la felicidad, esa del que no le importa que la lluvia lo moje. Es más, lo disfruta y abre los brazos y alza su rostro hacia el cielo. Pero también es la imagen de la máxima desesperación: ese que mira al universo para cagarse en la gran puta desde lo más hondo de su ser.

Abro las ventanas que dan a la terraza de mi piso y salgo. Dejo que la lluvia me empape y que mis lágrimas se diluyan con el agua que me está enviando el cielo. Cuando me canso de llorar, chorreante y tembloroso, extendiendo los brazos, alzo mi rostro y emito el grito más desgarrador de toda mi vida.

Mis padres han muerto.

Todo sucede muy deprisa. El entierro, el papeleo, el testamento, la herencia...

Del entierro, sólo me queda el recuerdo de ese último beso antes de cerrar el ataúd. El rostro de mi madre, frío. El de mi padre, extrañamente brillante. La sensación dolorosa al tener la certeza que ya no están aquí. No existen...

La gente que me rodea, me dice que vivirán en mí y que siempre los recordaré, pero yo siento que han desaparecido para siempre. No podré hablarles, no podré tocarles...Y, por primera vez en mi vida, me siento huérfano. Desamparado.

A mi duelo, hay que añadirle mi bajo nivel de "batería". Mi entorno asocia mi estado decaído a la depresión que parece haberse instalado en mi ser. Y, sí, es una gran tristeza, pero, también son las putas pilas que sólo existen en mi imaginación pero que me están dejando casi parado...

No escribo. Ahora mismo, soy incapaz. Es tal la sensación de desolación interior que siento que, hasta el propio acto de escribir, se convierte en un acto sacrílego y de ofensa a la memoria de mis padres.

El día en el que vamos al notario para recibir nuestra herencia, descubro que, a partir de ese momento, mi vida ha cambiado. Ya no necesito escribir para subsistir económicamente. Además de una considerable cantidad en efectivo, recibo tres pisos que están alquilados y de los que voy a recibir las rentas puntualmente, a final de mes.

En esta nueva situación, no debería tener ansiedad por no escribir. Es más, debería acostumbrarme a que escribir será, ya, definitivamente, un placer. Sólo placer. El gran placer de mi vida...Lo que ocurre es que tengo la certeza que pasa todo lo contrario. Escribir, sea un placer o una tortura, es lo único que puede evitar que me apague.

Y lo que más me miedo me da es la apostilla : *Escribir tal vez evitará que me muera...*

Cuando vuelvo al neurólogo para mi revisión, me encuentra extremadamente fatigado. No entiende porque me muevo tan lentamente. Ni por qué me cuestan tanto hablar. Siento que me estoy ralentizando...

Me alarga la baja .

- Quince días más, Esteban. Y además quiero que llames a la Doctora Idiazábal (se llama como el queso) . Es una fantástica psiquiatra que te ayudará a superar esto. Por nuestra parte, no hay causa física que te provoque estos síntomas.

Estoy a punto de confesarle la teoría de que llevo insertada una batería o unas pilas que se recargan cuando escribo y... que se puede parar (y pararme) si no lo hago pero decido preguntarle, de forma genérica, si el cuerpo humano tiene algún tipo de “batería”.

- Si falla el corazón, tenemos fármacos, dispositivos de asistencia, incluso bombas externas que mueven la sangre mientras llega un órgano de recambio. Parecido con el hígado o con el riñón y la diálisis. Pero si el cerebro se para... Entonces... Esa es la única batería que sé que si se desconecta, nada podemos hacer. Claro, Esteban, que yo soy neurólogo....

Me cuesta llegar a casa. Estoy abriendo la puerta y suena el teléfono. Es Itz para preguntarme por mi visita al médico. Le confieso que estoy loco. Carne de psiquiatra... Después, me llama mi hermana.

Desde la muerte de nuestros padres, estamos muy pendientes el uno del otro. Ella me conoce muy bien y sabe darme mis espacios. Le relato el diagnóstico (que es el de siempre) y la oigo suspirar. Ella no se cree que mi estado sea por un tema psicológico. Es una mujer terrenal, de realidades y ese concepto escapa a su control. Me hace jurar que lo que le digo es verdad y le confirmo que no he tenido más ausencias. Y , entonces, me hace recordar algo que me deja estremecido y acojonado...

-. No sé por qué, Esteban, me ha venido a la cabeza aquello que pasó en el pueblo la noche en que fuimos al camino de las colmenas. ¿Te acuerdas?

-. Claro que me acuerdo. Me picó una abeja en la yema del dedo gordo. ¡Qué dolor! No lo olvidaré en la vida.

-. Ahora, cuando pienso y lo veo con los ojos de hoy, tengo casi la seguridad que te pasó esto mismo que te pasa ahora. Te quedaste unos minutos en babia. Fue después de ver aquella luz violeta en el cielo...

Era la noche de las lágrimas de San Lorenzo... En el pueblo se veía el cielo estrellado perfectamente pero mi hermana y yo, quisimos subir al Cerro De San Miguel, el lugar dónde nuestro tío, el hermano de nuestro padre, tenía sus colmenas de abejas. Era apicultor...

Las colmenas estaban en lo alto de un pequeño montículo desde dónde parecía que se podía tocar la luna. Por la noche, las abejas estaban concentradas en la colmena, sin la luz del sol no había peligro... Llegamos a nuestro destino, y nos estiramos en la hierba. Sólo se oía el zumbido de las colmenas.

El cielo parecía engullirnos y la lluvia de Gemínidas se convirtió en un espectáculo maravilloso. Al cabo de unos minutos, mi hermana se incorporó y me señaló un punto en el horizonte.

- ¿Ves esa luz lila? ¿La ves?- fijé la vista en el punto que me indicaba y me quedé encandilado observando una extraña iluminación violeta que parecía flotar en el aire. Los dos la estuvimos mirando, pero entonces, mi hermana se levantó y me dijo que se iba a “hacer pis”. Siempre le entraban ganas de mear cuando estábamos en el Cerro... Ese fue el tiempo, el que dura una *meadita* de niña, el que me quedé solo, pero, en esos minutos, la luz violeta se expandió y...

No recuerdo nada más. Sólo a mi hermana, zarandeándome, pensado que me había quedado dormido. Cuando ella volvió, la luz había desaparecido y los dos pensamos que habría sido algún tipo de efecto térmico o reflejo de las estrellas fugaces que caían del cielo. No teníamos ni idea, la verdad.

Después de eso, pedimos varios deseos a las Lágrimas de San Lorenzo y bajamos del Cerro. A mí me había picado una abeja, atraída por la luz de mi linterna y tenía muchas ganas de llegar a casa para ponerme vinagre en la picadura. ¡Dolía muchísimo! Nunca más volvimos a hablar de aquella luz violeta. Tampoco pensamos, supongo, que era nada importante, pero, ahora, mi hermana lo ha recordado. Y ha situado *el momento* como el de mi primera “desconexión”.

Me ha recorrido un escalofrío cuando he visualizado el color de aquella luminiscencia. De idéntico tono que la que emana de mi coxis cuando escribo.

De repente, me siento como en una novela de *Stephen King*. Y me aterra porque esto no es una novela, es mi vida...

No le he dicho nada a mi hermana.

No le voy a decir nada a Itz.

Me voy al pueblo.

Quiero subir al Cerro de San Miguel.

Opino que la primera redacción de un libro (aunque sea largo) no debería ocupar más de tres meses, lo que dura una estación.

Stephen King

Al pueblo.

Una de las primeras cosas que debo solucionar es mi falta de energía vital. Se me ocurre que puedo escribir esta experiencia como si fuera un Diario. Me es muy fácil describir lo que me está pasando y la escritura me sale fluida...

Escribo y escribo. Escribo y escribo. Es casi como una autobiografía, aunque sólo ocupe un espacio temporal de un par de meses atrás.

Noto como me recargo y, como no, veo la luz violeta que parece que se escapa de mi culo.

Lo escribo todo: desde mi sequía literaria y mi Síndrome de la Página en Blanco, hasta mis ingresos en el Hospital. Escribo sobre Itz y sobre la muerte de mis padres. También sobre mi teoría de la batería interna y de mi sospecha de que encontraré respuestas en el Cerro de San Miguel.

Descubro que me es fácil escribir de las cosas que he experimentado. De momento, sólo así me salen las palabras... Muchas palabras...

Cuando siento que ya estoy plenamente recargado, hago mi maleta de fin de semana y me voy al pueblo.

Nadie se extraña. He acudido, una vez al año, en verano habitualmente para estar unos días con mis padres. Aunque la gente piense que voy a “conectar” con mis sentimientos paternos, realmente sé que mi padre siempre se quiso ir de aquel “pueblucho”. Y que fue feliz cuando, en la capital, las cosas le empezaron a ir bien y supo que no volvería nunca. Mi madre, en cambio, una mujer urbana, se sentía fascinada por todo lo que se refería a la vida rural... Iban quince días en verano...

Cuando llego tras bordear la preciosa carretera forestal que acaban de arreglar, siento que ha sido una gran idea venir hasta aquí. El cielo es de un azul intensísimo. No he visto un azul igual en ningún lugar de mundo. Huele a árboles y a aire masticable. Casi te lo puedes comer. Es fresco y sanador... En invierno, no hay más de quince personas. En verano, unas cincuenta...

Al abrir la casa, me golpea el aroma floral preferido de mi madre. No sabía que no estaba preparado para esa experiencia... La casa está tal y como la dejaron el último día de agosto. Todo recogido. La ropa de cama, limpia en cada habitación. Las cosas cotidianas, en los lugares cotidianos... Ese espejo de aumento con las pinzas con las que mi madre se retocaba las cejas en la ventana del dormitorio (porque entraba mucha luz). Un libro de Dan Brown que mi padre se dejó para leer cuando estuviera allí. Las gafas de leer. El viejo despertador que *va de maravilla y-estoy-acostumbrada-a-él*.

Es en esos sencillos objetos donde se refleja la inmensidad de mi pérdida. Lloro. Lloro desconsoladamente y cuando más intenso es mi lloro, oigo que llaman a la puerta.

El hermano de mi padre. Mi tío. Viene a ver quién hay en la casa de su hermano... Se emociona cuando me ve y lloramos juntos... Él, mayor, siempre pensó que dejaría este mundo antes... Se siente tan apenado que hace días que no sube a las abejas... Eso me recuerda el motivo de mi visita al pueblo. Me aprovecho.

-Pues tío, a mí me gustaría mucho subir al Cerro. Si le parece, le acompaño mañana. Nos irá bien a los dos.

No le extraña. Sabe que es una de mis excursiones favoritas. Y más, si me deja conducir su viejo Land Rover. Me invita a cenar y quedamos a la mañana siguiente.

Estamos en el Cerro. Mi tío ya sólo tiene dos colmenas. Son las únicas que puede cuidar ya que se jubiló hace años y ahora sólo lo hace por ocio. Yo creo que lo necesita y sin eso, se moriría... Pienso, tontamente, que las abejas son "su batería" igual que escribir es la mía, pero... a mí me sale una luz violeta, siento un zumbido y si me descargo, me desconecto...

Como quien no quiere la cosa, le hablo de las noches en las que vinimos a ver las estrellas. ¡Tantos años haciendo lo mismo! Y le recuerdo aquel día en el que me picó una abeja y bajé llorando y maldiciendo las colmenas para toda mi vida... Mi tío se ríe. Le digo que una vez, vimos unas luces de color violeta, preciosas...

Para mi sorpresa, me dice que sí. Que en aquella zona se han visto muchas cosas raras desde que llegaron los americanos cuando la Guerra Civil. Era un campo de aviación que aún se utiliza para uso privado ¿Luces? De todos los colores... Después, con los años dejó de pasar...

Y, sí, me acuerdo de ese campo de aviación. Habíamos pasado por delante en muchas ocasiones, cuando íbamos a un pueblo vecino a comprar el vino que mi padre ponía en las cubas para hacer vinagre... Sólo había un hangar y un vasto campo de hierba...

Cuando llego a casa, investigo un poco. *Un **aeródromo** es un área definida de tierra o agua (que incluye todas sus edificaciones, instalaciones y equipos) destinado total o parcialmente a la llegada, partida o movimiento de aeronaves. El campo tiene dos pistas de orientación este-oeste (90º y 270º) para uso privado. La pista situada más al norte tiene 850m y está destinada al uso general, la situada más al sur, de 650m está destinada al aterrizaje de planeadores. La longitud de la pista es de unos 830m y orientación 08/26.*

De todo lo que leo, lo que más me asusta es la palabra “aeronaves”. No sé muy bien que busco, pero en mi cerebro se ha instalado una idea maliciosa. Esa batería que no encuentro me la han puesto ahí... ¿Extraterrestres? No seré yo quien lo diga en voz alta, pero empezaba a pensar en esa posibilidad. Ahora, aparecen “los americanos” ... ¿Y sí fue un experimento de esos “americanos”?

Salgo a fumar un cigarro, en el banco de la plaza del pueblo. Me siento sereno en este lugar. Por primera vez en muchas semanas, duermo de un tirón y me despierto pasadas las diez de la mañana. No sólo me siento descansado, la energía fluye, en equilibrio, a mi alrededor.

Pasa el fin de semana.

Hablo con mi hermana y con Itz. La echo de menos...

Tras asegurarse que estoy bien, me comenta que va a estar un mes en Bruselas para hacer un estudio de nano partículas contaminantes. Eso me da una idea. Ese mes, lo voy a pasar aquí. Me apetece. A Itz le parece una idea genial.

Investigaré el aeródromo y a los americanos...

Y, así, en un impulso, decido que me quedo un mes en el pueblo...

Escribir es mágico; es, en la misma medida que cualquier otra arte de creación, el agua de la vida. El agua es gratis. Así que bebe. Bebe y sacia tu sed.

Stephen King

Cargando...

*El **Batallón Abraham Lincoln**, a veces erróneamente llamado **Brigada Abraham Lincoln**, fue una organización de voluntarios provenientes de Estados Unidos que integraron unidades de las Brigadas Internacionales en apoyo de la Segunda República Española durante la Guerra Civil. Se concentraron a partir de 1936 en Figueras (Girona) continuando su instrucción con el resto de los brigadistas de otras naciones en Albacete y quedando acuartelados en Tarazona de la Mancha y Villanueva de la Jara.*

Una unidad formada por doce ingenieros aeronavales se separó del Batallón y fueron destinados al Aeródromo de Janás.

Aún recuerdan a los americanos... Salían mucho del aeródromo. Se pasaban días y días fuera de la zona. Cuando volvían, iban al Bar del pueblo y se ponían hasta las cejas. Dicen que hay más de un hijo de "americano" en Janás y alrededores...

Sólo se sabe que eran los mecánicos aeronáuticos de la flota aérea del Ejército de la República. Un anciano, me relató a duras penas, como habían venido en camiones llenos de aparatos muy modernos que le habían llamado la atención. Siempre pensó que estaban fabricando una bomba o algo similar... De las luces, nada de nada.

En el aeródromo todo es normal. Está explotado por una empresa privada que me ha dado acceso a todos los archivos. Todo lo referente a la Guerra Civil y años anteriores, se destruyó en un incendio que hubo en los años 70. No tengo nada.

Durante el tiempo que estoy en el pueblo, subo a menudo al Cerro de San Miguel. Me estiró en la hierba y observo el cielo y el horizonte... Espero ver luces, fantasmas, ovnis... No sé. Algo... Pero van pasando los días y no ocurre nada fuera de lo normal. Es más, hasta yo he dejado de ver la luz violeta y de oír aquel extraño *Bip-Bip-Bip*.

Estoy escribiendo como nunca. Aquí me siento tranquilo y muy conectado con mis padres. Nunca hubiese pensado que este lugar me transmitiera tan buenas vibraciones. Creo que me está curando...

He aprovechado “la experiencia” de un urbanita en entorno rural y estoy escribiendo una novela en tono de humor con la que me lo estoy pasando en grande. He enviado unas páginas a mi editora y, la verdad, le ha encantado.

Mi tío me está proporcionando mucha información y mucho “material”: con él he ido a ordeñar cabras, a capturar colmenas, a cortar *boj*, a poner estiércol en el huerto, a hacer cucharas de madera, a recoger los arañoses para hacer pacharán... Cada actividad, cada tarea se convierte en un capítulo para mi novela. Yo nunca he sido un hombre hábil para las herramientas ni para el campo y es mi propia torpeza la que me inspira...

El pasado fin de semana, vino Simón a visitarme.

Me encontró fenomenal ... No he tenido más ausencias, ni más fatigas. Estoy bien. ¡Y escribiendo! Lo que no le he dicho nada de lo de la batería... Sí, es muy amigo mío y me quiere pero sé que no me va a creer. Como Itz.

Tengo muchas ganas de verla...

La próxima semana regresará de Bruselas y le voy a proponer que venga unos días al pueblo. No sé por qué me la imagino conmigo en el Cerro. Me gustaría que viera ese cielo sin contaminación lumínica...

Además, necesito más tiempo para acabar mi novela. Mi editora me sigue apremiando.

Itz se asombra de mi buen estado físico. No he ganado peso, pero las actividades en el campo con mi tío, me han proporcionado un tono muscular muy aceptable. El sol, tibio y muy agradable en esta época, me ha teñido la piel de un bonito color, sinónimo de salud... Como era de esperar, a Itz le encanta el pueblo. Se enamora de mi tío y del Cerro de San Miguel.

Por primera vez en nuestra relación, le dejo leer lo que tengo escrito de mi novela “Exilio Forzoso de un Urbanita”. La oigo carcajearse, la veo sonreír. Sé que le gusta...

La última noche que Itz está conmigo, la llevo al Cerro a ver las estrellas. La noche está especialmente despejada y hay luna llena. La luna, desde ahí, parece mucho más grande, mucho más luminosa... Incluso las abejas están más activas, por esa luz plateada que hace que veamos los matojos y las piedras sin necesidad de linterna.

No lo había planeado, lo prometo, pero acabamos haciendo el amor sobre la hierba...

No diré que la experiencia fuera perfecta, pero puntuará alto en nuestro nivel de “*recuerdos-de-la-relación*”. Pasó todo lo que está asociado al campo y a la noche y que no sale en las películas: las piedras que se clavan en la espalda o en el culo, ruidos desconcertantes, sombras de animales, abejas exploradoras confundidas por la luz de la luna, un frío de cojones... En fin, memorable.

Itz se va sola porque yo he decidido quedarme un par de semanas más. Es el tiempo en el que creo que podré acabar el primer borrador de la novela. Admito que escribo compulsivamente y que estoy pulverizando mi media diaria, pero, de la misma forma que fui incapaz de enhebrar un párrafo coherente hace un par de meses, ahora me pasa todo lo contrario: me sale un buen texto de forma fluida y engrasada.

Mientras escribo se desencadena esa sensación de satisfacción que los expertos llaman “Recompensa del Proceso Creativo”. El mismo Stephen King habla de ese sentimiento ligado a la creación literaria:

Siempre he escrito porque me llenaba. Puede que sirviera para pagar la hipoteca y los estudios de los niños, pero eso era aparte. Yo he escrito porque me hacía vibrar. Por el simple gozo de hacerlo. Y el que disfruta puede pasarse la vida escribiendo

Mientras escribo, disfruto. Obtengo una sensación muy placentera que deseo repetir, y que intento repetir, lo máximo que puedo. Otra cosa es que no tenga nada de lo que escribir... Eso es lo jodido...

Pero si he cazado la idea, escribo porque me gusta el proceso de escribir. Porque me gusta meterme en la historia. Porque mi mente se muda allí, a ese espacio privado y a la vez, muy habitado, en el que me pierdo durante un rato y me lo paso en grande.

Lo que viene después, cuando acabas la obra, la editas y la muestras con más o menos suerte y con más o menos impacto, es, ya, la guinda del pastel. Si va bien la cosa, la satisfacción se multiplica infinitamente, pero... El pastel ya me lo he zampado antes, mientras escribía y, confieso, ese pastel estaba delicioso...

Visto lo visto, escrito lo escrito, llego a la conclusión a la que llega Stephen King: Pasteles o agua, viene a ser lo mismo...Magia.

Escribir es *mágico*.

Mágico...

La Vuelta.

He pasado tres meses en el pueblo ... Mi vuelta a la ciudad es traumática. Pensaba que las cosas que tanto había anhelado mientras estaba en el pueblo (un WIFI veloz, mi tele panorámica y mi cafetera espresso) me harían tener un feliz reencuentro con mi hábitat, pero... Echo de menos ese cielo tan denso e intenso, ese frío suave por la mañana, los pájaros que cantan... Me doy cuenta que soy un fiel reflejo de ese *Urbanita en Exilio Forzoso en Campo* que tanto ha gustado a mi editora y a mi agente. Caigo en los mismos tópicos, tan y tan trillados pero...es la realidad de mi experiencia. La verdad verdadera.

Y sí, echo de menos el cielo azul y los pajaritos cantando...

Durante un tiempo, me dedico a la corrección y edición del texto de mi novela. Añado alguna cosa más, como el polvo memorable en la noche despejada en el Cerro. Al día siguiente mi tío me dio la solución para el tema de las piedras y pedruscos debajo del culo. Un poco más abajo, cerca de la *Foz Umbre*, hay unos depósitos de paja que es donde van los mozos y las mozas por la noche. Tomo nota mental para enseñárselo a Itz... Y es que mi mente juega con la posibilidad de volver al pueblo. Un fin de semana, un puente largo... ¿Una semana por qué sí? ¿Podría Itz? Pero mis sueños se van adaptando a la rutina: Itz no puede. Su trabajo no le permite desaparecer una semana y yo... Yo tampoco puedo. Estoy a punto de recibir las primeras galeradas de *Urbanita en Exilio Forzoso en Campo...*

Van pasando los días. Y se hacen semanas. Y se juntan y pasa un mes y... No quiero admitirlo. Omito los síntomas. Hago ver que todo es normal: entra dentro de la *normalidad* quedarte con un vacío "literario" cuando acabas de parir una novela. Es imposible maquinar otra historia porque aún tienes que acostumbrarte a desprenderte de la que acabas de dejar...Me repito este argumento de forma sistemática, pero hay evidencias físicas de que empiezo a apagarme de nuevo... Ya sé que no, que no es posible. Lo sé, lo sé, lo sé. Algo anda mal en mi cabeza porque siento que estoy perdiendo mi "energía".

La dichosa batería inexistente empieza a indicar el mensaje de alerta: *low battery, low battery...*

¿Realmente estoy tan loco?

Llega el día en que me desconecto. Lo veía venir... Simplemente, me he quedado como en *babia*, en la cafetería en la que estaba desayunando y la camarera, ante la ausencia de respuesta, ha llamado al 112.

Antes de que llegara la ambulancia, yo he vuelto en mí. La chica me ha explicado que primero, le ha parecido que estaba muerto pero que me mantenía sentado, erguido y con buen color. Se ha acercado un poco a mí, muerta de espanto, y entonces me ha oído respirar... Me llevan, de nuevo, a Urgencias pero no me ingresan. En la historial queda claro que soy un caso de “Episodios de ansiedad” y que unos días de tranquilidad y unas dosis de *alaprazol*, ya serán suficiente para sanarme...

Yo sé, casi con certeza absoluta, que lo que me pasa es que no escribo. ¡Por Dios! Si hace dos días que he publicado la novela de mi exilio en el pueblo. Llego a casa, agotado. Todo me cuesta una barbaridad... Además, tengo que disimular. Itz se preocuparía mucho...

Y cuando me ve, se preocupa. Mucho.

No puedo evitar comentarle lo de la batería que se recarga cuando escribo y, además, le digo que puedo demostrárselo. He pensado que estaría bien que pudiera ver con sus propios ojos, la luz violeta que despliego a mi alrededor cuando me recargo. Cuando escribo... Y he averiguado más: no me sirve escribir sin más. Debe ser una un relato, un cuento, una novela... He intentado redactar manuales de instrucciones y prospectos médicos para recargarme, pero sólo lo consigo cuando hay una...trama.

Se lo explico a Itz. Y me extiendo. Y le doy todos los detalles : las luces de infancia, mis teorías , la batería, los americanos, la recarga, la trama... Quiero, deseo, le ruego que lo vea con sus propios ojos...En su mirada veo el temor. Teme mi locura. Cree que estoy loco.

Yo también empiezo a creerlo...

¿Qué sentido tiene preocuparse por el final? ¿De qué sirve estar tan obsesionado con controlarlo todo? Algo, tarde o temprano, siempre pasa.

Stephen King

Mientras lidio con las cosas de la vida (mi hermana, mis amigos, mis sobrinos, mi editora...) soy consciente de que si no escribo me voy a desconectar o a apagar. Temo ese día en el que no vuelva...

Necesito una trama. Urgentemente. No tiene por qué ser de calidad, ni excesivamente ingeniosa. Algo que tenga un principio y un fin. Intento concentrarme en todas las cosas. Busco en mis recuerdos. Leo mucho. Leo de todo.

La inspiración no sé cuándo va a llegar, pero estoy seguro que cuantas más *experiencias* tenga, más probabilidad existirá de que pueda escribir. Soy consciente de que necesito salir de mi piso y...hacer cosas. Lo que pasa es que estoy débil y propenso a la desconexión así que tendré que hacer que sean *las experiencias* las que vengan a casa.

Mejor, que “todo” venga a casa.

Imaginemos: La historia de un hombre corriente, aparentemente anodino, sin demasiados amigos, responsable y muy supersticioso. Durante un tiempo, va detectando señales de mal augurio que le profetizan que algo muy malo le va a pasar. Es tal el temor que, un día, se levanta de la cama y decide que nunca más va a salir a la calle. Que puede vivir sin tener que hacer ningún tipo de gestión exterior.

“El extraño y anodino hombre que no salía jamás de casa”.

Me parece una gran idea y totalmente adaptada a mi vida actual. Puedo tener esa *experiencia* y escribir sobre ella. Lo tengo tan claro que, en el mismo momento que detecto el posible argumento, decido que no voy a salir de mi piso. Y, así, empiezo a vivir aislado.

Compro por Internet. Trabajo desde casa. Utilizo mensajerías para los temas de papeleo físico. Uno de ellos, incluso me lleva el coche a la ITV. Para la analítica que tengo pendiente, pago un servicio privado a domicilio. Simón y mis amigos, vienen a casa a cenar, a ver el futbol o la serie de turno. Me he suscrito a *Netflix*...

Tal vez, lo más difícil, ha sido convencer a mi hermana de que mi asistencia a la fiesta de cumpleaños de uno de sus hijos, va a ser vía Skype. Al final, lo acepta y añade que no me lo perdonará jamás...

Voy narrando mis experiencias en un Diario Personal del estilo del *urbanita* que, admito, me está quedando muy ameno. Tengo ganas de que alguien lo lea y me dé su opinión.

Mientras escribo, me voy recargando. Ya me he acostumbrado a la luz y, en esta ocasión, ya no se oye aquel extraño Bip-bip. Me gustaría que Itz pudiera ver la luminiscencia violeta, pero Itz ya no viene por aquí.

He perdido a Itz.

Mi inspiradora idea de encerrarme en casa para poder escribir sobre la experiencia y recargarme, le pareció una idea absolutamente desconcertante.

Me dijo que yo, también le parecía desconcertante. Me dijo que me quería pero que sólo estaría conmigo si aceptaba ir a ver a un Psiquiatra. Incluso ya había buscado uno...

En estado de shock, tras saber que aquella mujer tan encantadora me quería, yo también le *dije*.

Le *dije* que la quería, pero también le *dije* que me diera un tiempo para *experimentar*, para acabar mi novela y, claro, para recargarme.

- *Cuando esté a tope de batería, te prometo que iré al Psiquiatra, Itz*

- *Yo te lo pido ahora, Esteban. No es por mí, es por ti. Por tu bien.*

Y entonces tuve que insistir en que, si no escribía, no me recargaría y... Nunca he llegado a descargarme del todo y no sé qué puede pasar. ¿Me quedaría catatónico para siempre? O, peor, ¿Me moriría? No quiero llegar a ese estado. No quiero saberlo. Así que le *dije* todo eso a Itz y ella me dio un *ultimátum*.

Un Ultimátum es una “ *Propuesta o decisión definitiva que suele ir acompañada de una amenaza, en la que una persona le da un plazo de tiempo a otra para que haga o deje de hacer algo.*” Y según la definición, no hice nada de lo que me pedía Itz.

Me ha dejado.

Estoy solo. Y me jode especialmente porque tal y como me temía, escribiendo, he conseguido que la batería esté lo suficientemente llena para sentirme bien. Y ella no lo ha visto.

Me ha dejado.

Como no salgo de casa, no puedo ir a mi médico y pedirle una resonancia en el coxis, pero cuando acabe la novela lo voy a hacer.

Me ha dejado.

Voy a encontrar ese artefacto que alguien ha insertado en mi cuerpo y demostraré mi teoría. Ya casi estoy a punto de finalizar mi historia y... ella me ha dejado.

Plenamente recargado y con mi experiencia de aislamiento superada con éxito, planifico mi agenda. Envío el manuscrito a mi editora que está al tanto del asunto y muy predispuesta tras el éxito del “Exilio forzoso de un urbanita en el Campo”. También se lo envío a María, mi lectora objetiva para que me dé su opinión.

Voy a mi médico de cabecera y me quejo de fuertes dolores en el coxis. Hago ver que casi no puedo tocármelo. La resonancia no cuela. Primero me van a hacer una radiografía. Algo es algo. Si tengo en mi interior un aparato que emite luz, seguro que se verá en una radiografía... Con este argumento mental, me resigno. Estoy a punto de pedirle el nombre de un psiquiatra para mirarme lo mío, pero decido esperar a tener la placa.

Me la hacen rápido. Salgo de la consulta con el traumatólogo con una palmadita en la espalda: no hay nada. Mi dolor es postural.

No sé si ha intuido mi decepción. Seguro que he puesto una cara rara cuando me ha dicho que todo estaba bien. Ha sentido la necesidad de consolarme...

Y es que no lo entiendo. Estaba seguro que se iba a ver algo, aunque puede ser tan, tan pequeño que no se pueda detectar con nuestra tecnología.

Nuestra tecnología... Investigo en Internet y descubro que ya existen baterías biológicas...O algo así.

Un grupo de investigadores norteamericanos ha creado una batería biodegradable que podría derretirse en el interior del cuerpo humano. Puede utilizarse como implantes biomédicos que necesitáramos sólo por un tiempo y que no debieran quedarse de manera permanente. Así nos ahorraríamos una nueva cirugía para extraer dicho implante.

A nivel medioambiental, esta tecnología podría servir para vigilar una zona después de un derrame de petróleo o algún otro desastre sin que quedaran residuos electrónicos. De momento, lo que se ha conseguido es una pequeña batería que se disuelve completamente en agua después de tres semanas.

Si en la actualidad, estamos en este nivel, sólo se me ocurre pensar en “niveles superiores”. Si no es la NASA, son extraterrestres...

¿Estoy pensando en extraterrestres? ¿Extra-te-rres-tres???

Voy a llamar, inmediatamente, a un Psiquiatra.

Pero antes de hacerlo, es mi teléfono el que suena. Es mi tío, el hermano de mi padre. Me pregunta que tal estoy y cómo va lo del “libro-ese-del-pueblo”. Le explico que va muy bien de ventas y que estoy esperando las críticas. También le digo que tengo ganas de ir a verlo y pasar unos días en el pueblo. Y es que tengo muchas ganas. Muchísimas...

Como quien no quiere la cosa, me comenta que hoy se ha acordado de mi porque han venido los sobrinos de Felisa al pueblo. No entiendo la relación, pero mi tío sigue hablando: *Felisa, pobre mujer, acabo en un sanatorio de esos para la cabeza. Era aquella mujer que estaba siempre recitando poesía ¿Te acuerdas de ella?*

¡Cómo no me voy a acordar de Felisa! Una mujer que solía vestir con camisón, aunque saliera a la calle, llevaba pamelas de paja y siempre sostenía una flor en la mano. Solían ser unas pequeñas margaritas amarillas que crecían en los alrededores del pueblo. De pequeño me daba miedo, porque la veía hablando sola, con aquella pinta extraña, pero, cuando crecí, me di cuenta que Felisa era inofensiva y si te acercabas y escuchabas lo que decía, siempre era poesía...

-Pues Felisa había visto esas luces por las que me preguntaste. Ella subía mucho al Cerro de San Miguel. Hubo un tiempo en el que se dijo que tenía un amante, algún mozo de otro pueblo y que se veían allí. La cuestión es que un día bajo del Cerro, toda asustada, diciendo que había visto una luz violeta que la rodeó y que le habían puesto “algo” en el cuerpo. Todos pensamos en el mozo que se la estaba beneficiando... Al poco tiempo, empezó con lo de la poesía. Decía que las escribía ella y que, si dejaba de hacerlo, se moriría. Y el resto ya lo sabes, no paró de recitar poemas hasta el día que se murió.

-¿De qué murió, tío? – le pregunto mientras se me va cerrando la garganta.

-De vieja, hijo. De vieja...Pero, mira, ella dijo eso de las luces... No sé. Me ha hecho acordarme de esa pregunta que me hiciste y he pensado que te lo tenía que decir antes de que se me olvidara. Ya no tengo la cabeza como antes.

- Gracias, tío. La verdad es que te lo pregunté por curiosidad. Mi hermana lo recordó el otro día y ya sabes, un escritor siempre está a la caza de historias...

-Por cierto, dale un abrazo a tu hermana y a los nenes. Te dejo que ya me está llamando tu tía para que vaya a cenar.

Un abrazo, tío. –Estoy temblando. ¡Me cago en la puta! ¡Joder! ¡Joder! Felisa vio las luces y... no podía parar de recitar poesía. No, no podía parar de “crear” poesía. No podía parar porque se descargaba...

Me pongo a teclear compulsivamente en Google “ Luz violeta “,
“Luz violeta que sale del coxis” , “si no escribo me descargo”,
“batería humana de escritor”, etc, etc. No encuentro nada que me
de respuestas y necesito repuestas.! Dios Mío!

La verdad se encuentra en el pueblo. En el Cerro. En ese cielo...

Tengo que volver.

Excava. Las historias son cosas encontradas, como fósiles en la tierra.

Stephen King

La Investigación.

Me da igual que mi hermana me haya mirado con cara de escepticismo preguntándome *¿Otra vez al pueblo?* No le cuadra esta nueva faceta de mi personalidad, pero, tras el éxito de la novela, y el hecho constatable de que allí me inspiro, se ha tenido que tragar toda la retahíla de inconvenientes y se ha callado. Me ha deseado buen viaje y me ha dado recuerdos para el tío.

Tengo una misión. Voy a investigar. Visitaré los alrededores del aeródromo...Es de allí de dónde provenían las luces que vi en mi niñez. Y puede ser que también fuera allí dónde estaban las luces que vio Felisa.

Felisa. ¡Dios! He hablado con su familia. Estaba seguro que sabían de algún rumor o leyenda sobre las luces, sobre su tía. Me han repetido, literalmente, lo que me explicó mi tío. Algún joven de un pueblo vecino con el que se veía en el Cerro y la luminiscencia violeta, una simple excusa para no confesar lo que había hecho. Eran otros tiempos...

No me desanima. El hecho de que aparezca otro sujeto “recargable” en esta historia me ha hecho pensar que puede ser que existan muchos más que hayan pasado inadvertidos. Puede haber afectados de mi edad, más o menos, y más ancianos.

El aeródromo ya era privado en los años 70...Decido empezar por el Bar del pueblo al que pertenece el aeródromo. Elijo el más antiguo, situado en la plaza mayor.

No tardo en averiguar que “las luces” eran habituales en los tiempos de *los abuelos*. Todos creían que eran experimentos de los americanos con los aviones, pero nunca había pasado nada extraño...

No sé cómo preguntar si hay alguna persona “especial” en el pueblo. Siento que puede parecer una falta de respeto... Además, seguro que me van a preguntar por qué quiero saberlo. Lo de que soy escritor y es material para una novela suele funcionar y más si dejo caer, de pasada, que soy el sobrino de Jacinto, el de las abejas del cerro.

Cuando al fin me atrevo y pregunto, veo que tengo que afinar más el concepto de “especial”. ¿Pregunto si hay alguna persona que no pueda parar de producir creaciones literarias, utilizando las palabras y las tramas? ¿Si hay alguien que escriba poemas, cuentos, relatos, novelas, obras de teatro, guiones...? ¿Sin parar?

El hombre que está tras la barra, me está mirando. Supongo que espera que le especifique más. Pregunto, por fin, si hay algún escritor en la zona. O algún poeta. Aunque no sea conocido...

La respuesta me deja intrigado. *“¿Sabe aquellas novelitas románticas que se publicaban en los años 60? Corín Tellado se llamaba. Ella era asturiana, pero pasó unos meses aquí en su infancia. Pocos, eso sí. Una temporada de verano, vamos. Dicen que fue una de las autoras más prolíficas del país. Mire, no sé si escribió 5000 novelas o más...No es de aquí pero igual le sirve de algo...”*

Autores prolíficos. Mientras me tomo el café pienso si alguno de esos escritores no estaría o está aquejado del problema de la recarga... No parece tan loco, ¿no? Es posible que alguien haya tenido una experiencia similar a la mía. No tiene por qué ser en Janás, ni en el Cerro. Sea cual sea el origen, podría producirse en cualquier lugar del mundo y, de repente, pienso que si no fuera *humano* también en cualquier época...

Estoy pensando en todo esto cuando mi vista se pierde en el enorme mural que decora la pared lateral del Bar.

Es monumental. Muy grande y con muchas escenas de la vida del pueblo. No se puede decir que esté muy bien pintado. Ni siquiera, está bien dibujado. Se nota que “el artista” no es muy hábil con la perspectiva. Me levanto del taburete y me acerco a la pintura.

Voy examinando, una a una, las escenas que se representan: el día del mercado, la fiesta mayor, una procesión, un dibujo del paisaje del entorno, una noche *estrell*... ¡Espera! Me acerco nervioso a la miniatura que forma parte de esa amalgama de dibujos: adivino las formas del monte que hay delante del Cerro. La zona del aeródromo y encima, esa línea de color violeta intenso en el cielo.

El corazón se me va a salir del pecho. Casi no puedo creerme que, en mi primer intento, haya encontrado una pista.

Le preguntó al camarero qué quién ha pintado ese extraordinario mural. El hombre sonríe y noto que la tristeza cubre su rostro

-Eso lo pintó Gertrudis, Dios la tenga en su gloria. Tardó años en completar ese mural. Venía cada día, con una cestita con las pinturas y mientras iba pintando , iba perdiendo la razón. Una pena...

Sale de detrás de la barra y me hace acercarme al mural. Me señala una esquina, en la que hay una escena a medio pintar.

-Esto es lo último que pintó. De eso hace ya seis o siete años.

La última pintura retrata una zona con hierba. Hay muchas de esas margaritas amarillas tan habituales en la zona. El dibujo está inacabado. En el fondo, hay un trazo de color violeta. Como si hubiese querido llenarlo de color después.

-Y su marido... Pobre hombre... Murió poco después. Venía cada día y se sentaba aquí mismo, delante del mural. No tengo valor de quitarlo de ahí...

-¿Alguna vez le dijo algo de esas luces de color violeta que pintó en sus escenas?

-. ¿Luces? ¿Para qué quiere saber eso? Primero me pregunta si por aquí hay escritores y ahora por la luz violeta... No viene mucha gente de fuera por aquí y que quiere que le diga, me parece raro...

Le suelto el rollo de que soy escritor... Que estoy recabando información sobre la zona...No le convenzo. Utilizo el *connecter* de mi tío Jacinto, el de las abejas. Se relaja un poco pero desconfía claramente de mí. Me veo reflejado en el libro que yo mismo escribí: urbanita indefenso...

-. Yo nací aquí y nunca vi más luces que las de las estrellas fugaces...Eso lo dicen los abuelos y, ya le digo, que, si las hubo, fue cosa de los americanos. Ahí construían aviones importantes, vete tu a saber si para ir al espacio... Ya podrían volver, ya, y abrir de nuevo el aeródromo... Había más trabajo y más alegría en el pueblo...

No le saco nada más. Salgo del bar sin la información que buscaba: escritores o similar, nada. Gertrudis, que pintó un mural en el que aparecen las luces pero ya no puede ayudarme...Por lo menos, he encontrado un hilo del que tirar : *autores prolíficos*.

Me alejo , paseando hacia mi coche cuando oigo una voz que me llama .*¡Señor! ¡Eh, Ud!*. Me giró y veo al camarero que me está haciendo señas para que me acerque.

-. Me acabo de acordar de una cosa. Hace ya veinte años, murió un hombre poco conocido en el pueblo. Nunca venía por aquí. Se llamaba Teodoro y vivía en la casa que derribaron cuando hicieron la carretera. Nunca salía de allí. Lo recuerdo porque mi madre, en esa época, fue a ayudarlo en las tareas de la casa cuando lo del accidente. Se rompió las dos manos con una cosechadora de trigo... Mi madre me comentó que tenía la casa llena de papeles manuscritos. Le dijo que si no podía seguir escribiendo se moriría y... así fue... A los pocos meses, lo encontraron como dormido, encima de la mesa. Parecía que, en sus últimos instantes, había intentado escribir... No tenía hijos, ni familia. El Ayuntamiento se quedó la casa y los terrenos y, después, hicieron la carretera que pasa por encima.

-. ¡Gracias!- le respondo, la verdad es que estoy temblando.- ¿Por qué me lo ha contado?

-. Me he acordado porque ... Teodoro... se decía que era el hermano no reconocido de Gertrudis... pero eran rumores. Yo era pequeño y nunca lo vi. Ni tampoco Gertrudis me habló nunca de él, pero... Ud. me ha preguntado si había algún escritor por la zona y ahora lo he relacionado. No sé si Teodoro era escritor, pero, escribir, le aseguro que escribía...

Cuando llego a casa, todavía tengo escalofríos.

Tengo dos. Dos casos de personas que se recargaban vitalmente a través de un arte: Felisa, poesía. Teodoro, ¿Novelas, historias, cuentos?.

Hay un elemento común a ambos y es la luz violeta. Estoy seguro que Teodoro se lo dijo a su hermana y por eso , las pintó ... O igual ella también las vio, no sé...

Felisa, según mi tío, había muerto de *vieja*. No obstante, había desarrollado una conducta patológica de repetición, que la había aislado del mundo, pero le había permitido crear de forma constante. Hasta su muerte... Fue su única salvación, pero... Teodoro... Al romperse las manos y no poder escribir... Se descargó. Murió por falta de batería...

Eso me confirma la terrible sospecha que me atormenta desde que estoy trabajando con esta hipótesis tan desquiciada: si no escribo, moriré.

Mi única esperanza es encontrar a los que me insertaron esta puta batería imaginaria...y que me la saquen.

Suena a que estoy muy loco.

Lo sé...

Me paso toda la noche, leyendo artículos sobre “autores prolíficos”. ¿Cuánto puede llegar a escribir una persona? La mayoría de listas que encuentro, se refieren a autores que ya han muerto. Pienso que podría intentar hablar con los familiares directos de los más cercanos a mi generación. Será uno de mis últimos recursos porque lo más sensato es buscar a los autores más prolíficos que aún sigan vivos...

James Patterson : 114 novelas/ 300 millones de ejemplares. Escribe/publica una novela al mes. Este autor es una fábrica de Best-Sellers pero continuo leyendo sobre él y descubro que realmente ha ideado un “sistema de producción de novelas”. Él crea el guión y el primer borrador y otros “co-autores” rellenan y amplian. Él controla todo el proceso pero, aun siendo de lo más prolífico , no todo lo escribe él. No me sirve para mi investigación. Uno de sus críticos es Stephen King que considera que , precisamente, este es el factor que pone en duda su condición de “escritor” por lo menos, en términos de pureza.

Stephen King es otro de los posibles prolíficos vivos. Desde ‘Carrie’ en 1973, **Stephen King ha publicado más de medio centenar de novelas**, otras tantas historias cortas, ha guionizado cómics, publicado artículos de opinión semanales y divulgación literaria. Él mismo dice que escribe unas **dos mil palabras diarias** cuando está trabajando en un libro... Leo que hace unos días en Albuquerque, Nuevo México, hubo un encuentro entre dos de los mayores escritores de fantasía contemporáneos, el maestro del terror Stephen King y George R.R. Martin, autor de Canción de Hielo y Fuego.

El autor le preguntó a King "*¿Cómo escribes tantos libros tan rápido? Yo pienso : he tenido unos buenos seis meses, ¡He escrito tres capítulos!*" y tú has terminado tres libros en ese tiempo".

King le respondió: "*Cuando estoy escribiendo un libro me propongo como meta escribir seis páginas al día, y trabajo todos los días, tres o cuatro horas sin saltarme ni uno. Si un libro corto tiene unas 360 páginas, Hay dos meses de trabajo antes de que esté escrito. Claro, siempre y cuando todo salga bien*".

Lo que yo le preguntaría es ¿Y si no escribe, le pasa algo? ¿Se le va la cabeza? ¿Se queda en babia? ¿Nota un bip bip en el coxis? ¿Ve luces? ¿de qué color? Nunca *podré* preguntárselo. Estoy seguro que en la segunda cuestión, ya se dará cuenta que habla con un loco...

Aun así, apuntó en mi vieja libreta que debo preguntarle a mi editora si conoce a alguien que pudiera facilitarme un contacto válido de Stephen King. Por si...

Descubro, por eso, que hay un autor contemporáneo más prolífico que todos los prolíficos juntos. No conocía su nombre : *Ryoki Inoue*.

Tras la muerte de Corín Tellado el título del autor vivo más prolífico del mundo ha recaído en el brasileño *Ryoki Inoue*. Este escritor, de origen japonés , ha publicado unas 1100 novelas, con una media de unas 6 novelas al mes, además de innumerables colaboraciones en todo tipo de medios, llegando a cubrir casi el 95% de los libros de bolsillo publicados en Brasil.

Ha llegado a completar hasta tres novelas en un mismo día, trabajando hasta altas horas de la noche. Matt Moffett, periodista del *Wall Street Journal*, presenció una de esas frenéticas sesiones de escritura. Ante sus ojos, Ryoki escribió *Secuestro Fast Food* en una sola noche, desde las 23:30 a las 4:00 de la madrugada. Escribe sus libros en el ordenador y tiene que sustituir los teclados varias veces al mes porque literalmente los destroza.

También lo apunto en mi libreta : Ryoki Inoue. Tiene toda la pinta de ser un "recargable"... El corazón me late deprisa. Muy deprisa. Creo que he encontrado algo...

Al día siguiente, me desanimo. Leo esos nombres en mi libreta y soy consciente que no tengo demasiadas posibilidades de éxito. Escritores del nivel de *Stephen King* o con la historia de *Ryoki* no me van a hacer mucho caso. O nada. Eso no quiere decir que no lo vaya a intentar, tanto personalmente como vía mi editora, que espero que conozca a alguien del sector que me pueda ayudar. Me pongo manos a la obra y envío un mail, explicando que para el desarrollo de mi nueva novela, me iría de perlas que estos dos autores *prolíficos*, contestaran a un pequeño cuestionario. No doy más datos ni adjunto las preguntas. A ver qué me dicen en la editorial...

Mientras hago estas gestiones de tan alto nivel, y para no parar mi investigación, decido concentrarme en esta zona. Para eso he venido, ¿no? Debo buscar a personas de mi edad hasta más de ochenta años que hayan desarrollado una aptitud literaria compulsiva. Ahí es nada.

Trazo un círculo en un mapa en la que el Aeródromo es el centro.

Calculo los kilómetros desde los que sería posible ver las luces violetas. Si estuviera *Itz*, le podría pedir que consultara a alguno de sus amigos del CIS pero busco información en Internet y establezco un radio de 25 Kilómetros. Más allá, debido a los accidentes geográficos, es bastante improbable que se vieran las luces.

En mi lista hay seis pueblos. Uno de ellos, queda eliminado porque está deshabitado y en ruinas. Supongo que la población se redistribuyó por los pueblos colindantes, aunque mucha gente se fue a la ciudad: Zaragoza, Huesca, Madrid, Barcelona... San Miguel es el pueblo del aeródromo.

Tras varios días de visitas, no he encontrado a otro sujeto "recargable" pero se han abierto una nueva vía de investigación: el Doctor Font, el médico de familia que trató a casi todas las personas del entorno durante los últimos treinta años. El hombre, jubilado y muy anciano, ha aceptado recibirme mañana, en la Residencia dónde vive.

Me recargo escribiendo este relato de mi investigación. Además de proveerme la experiencia, pienso que puede ser útil si algún día me pasa algo relacionado con...esto.

Los días van pasando con una rutina muy agradable. Me gusta vivir en el pueblo. Casi todas las noches, voy a cenar a casa de mis tíos. Mi tía me hace unos platos caseros increíbles y mi tío me explica anécdotas de mi padre. Están contentos de tenerme cerca. Creen que me están curando de mi depresión ...

Salgo a correr todas las mañanas y, por la noche, cuando ya estoy tranquilo en casa, escribo mis averiguaciones del día.

Siento, por eso, que estoy llegando al final. Nadie sabe decirme nada significativo. No sabré de que hilo tirar... No tendré nada de lo que escribir... Mi única esperanza es el Doctor Font.

No sé nada de Itz.

La investigación nunca debe ensombreceer la historia.

Stephen King

Las respuestas del Doctor.

Las cosas han cambiado, aunque no sé si para bien, cuando he conocido al buen Doctor.

Al principio, ha desconfiado de mí y de mis intenciones, pero cuando por fin me ha dejado hablar y le he explicado lo que me pasa, lo que le pasó a Felisa y a Teodoro y el factor común de la luz violeta, ha cambiado de cara. Tras tener lo que me ha parecido un amago de infarto pero que ha sido solo un susto, el hombre ha recuperado el color y el habla y me ha dejado sentarme en un sillón, en un salón luminoso, con impresionantes vistas al campo.

El Doctor no hablaba demasiado. Es más, creo que lo he dejado mundo de la impresión y me he sentido culpable. Tal vez debería haber sido más sutil...Le he preguntado si quería un vaso de agua pero haciéndome señas, me ha hecho abrir un pequeño armario y sacar una botella de orujo. Me ha sorprendido que hubiese alcohol en una Residencia pero este lugar se parece más a un hotel que a un centro de la tercera edad.

Le he dado la botella, junto con un vaso que había en el mismo armario. La ha abierto y se ha puesto dos dedos del brebaje que se ha bebido de un trago. Lo ha hecho dos veces más...

Me confirma mis sospechas. Todas y cada una de ellas. Es más, amplía la información que yo poseo... Su voz quebrada es muy débil, pero se expresa con una gran fluidez. Ahora soy yo el que está impactado...Sí, algo pasaba con las luces violetas en San Miguel. No una. Muchísimas veces.

Se dio cuenta en los años 60. No sólo Felisa o Teodoro le habían hablado de una "experiencia" en el Cerro. Ocurrió, también, con otras personas, como Gertrudis. Llegó a registrar más de 30 testimonios, pero... *sólo a tres de los pacientes- cuatro conmigo, dice mirándome con unos ojos extrañamente brillantes- habían padecido un episodio similar al mío.*

El Doctor cree que las luces tienen algo que ver pero que lo importante es el receptor.

"Receptor". Una nueva palabra en esta historia que me da miedo...

El receptor recibe un *don* (escribir) pero... no lo recibe a cambio de nada. El pago es la productividad. Producir y producir. Escribir y escribir.

Me dan escalofríos cuando recuerdo su rostro: *Es una condena- me dice sin dejar de mirarme-Si el receptor no produce, se va apagando hasta morir. Con el paso de los años, la cosa se complica y como el organismo ya posee un nivel bajo de defensas, es necesario ampliar la producción para...mantenerse vivo. ¿Entiende lo que le digo, hijo?*

No quiero entenderlo. No puedo entenderlo.

-. En aquellos tiempos, contacté con un neurobiólogo amigo mío, que trabajaba en la Universidad de Barcelona para consultarle el caso, pero, eran otros tiempos... Pensé que podía ser un trastorno conocido como hipergrafia. Las personas que la padecen sienten la inevitable necesidad de escribirlo absolutamente todo, de pasarse la vida entera escribiendo. Una persona con hipergrafía no tiene por qué ser obligatoriamente un escritor publicado, aunque hay escritores que, por la escalofriante cantidad de libros que han escrito, cientos o a veces miles, sí parecen tener esa necesidad. Parece mentira que un solo ser humano, en una sola vida, pueda llegar a escribir tanto. Pero...Era muy raro que se dieran tres casos tan cercanos geográficamente. Alteraba totalmente la estadística conocida y... comenté lo de las luces violetas... Mi colega dejó de interesarse por el caso y ya no respondió a mis llamadas.

-. Doctor, dice que yo soy el cuarto caso. Sólo sé lo de Felisa y Teodoro. ¿Quién es el tercero?

-. Murió hace diez años. Se llamaba Lonny Boods. Era ingeniero aeronáutico en la base pero ejercía de ayudante. Era un tipo muy listo que trabajaba por debajo de sus posibilidades. Aprendió a hablar español, en un tiempo record y fue de los pocos que intentó normalizar su presencia por estas tierras. Participaba en las fiestas y actos del pueblo... Lonny me habló del proyecto secreto que se estaba desarrollando en la base. Al principio, no lo creí. Después, al conocerlo mejor, empecé a tenerlo en cuenta. Aún hoy, creo que no eran delirios...

Entra una chica que me dice que debería dejar descansar al Doctor. Ya se acerca la hora de la comida y debe tomar su medicación. ¡Justo ahora, cuando estoy a punto de descubrir algo importante!

El anciano vuelve a mirarme con esos ojos brillantes. Su voz es débil pero su mente es ágil. Le pido que acabe su historia, pero la enfermera me aparta de un empujón.

-. Lo siento, no insista. Somos muy estrictos con los horarios de visita. Si quiere el Doctor, puede venir mañana y continúan charlando.

Me da permiso para visitarlo al día siguiente.

Creo que la enfermera, me ha guiñado un ojo al irse...

Cuando llego al pueblo, me duele la cabeza. Hay tantas cosas dando vueltas, tanta curiosidad a punto de salir disparada por alguno de los orificios de mi cuerpo... ¿Lonny Boods? ¿Un ingeniero aeronáutico americano? Ni en mis mejores guiones, se me hubiese ocurrido crear un personaje así.

No encuentro demasiada información. Hay algo de un importante *graffitero* pero me parece que no encaja en el perfil del Boods que yo busco. Han pasado muchos años y es difícil que Internet me de alguna respuesta.

Mi tía me ha dejado uno de sus guisos encima de la cocina. Lo caliente y el aroma de la comida me reconforta. Siento un cierto alivio al saber que podré seguir escribiendo. El Doctor y , ahora, el tal Lonny Boods me van a dar material para varios días. Seguiré recargándome...

Me cuesta dormir esa noche. Siento el estómago muy pesado y me invade una ya familiar sensación de inquietud. No sé cómo, ya ha amanecido.

Me levanto de la cama. En pocas horas, volveré a visitar al Doctor. Reviso mis mails. Mi editora me ha respondido a mi petición de contactos con Stephen King y Ryoki Inoue. Lo está moviendo...

Al entrar en la Residencia, siento que algo va mal. Un silencio aterrador da paso al repiqueteo de los zapatos de la enfermera. La suela de goma emite un extraño graznido.

- *Buenos Días. El Doctor no podrá atenderlo hoy. Me ha pedido que traslade su cita a mañana por la mañana.*

- *¿Le pasa algo?* -preguntó temeroso

- *No. Él está bien, pero ha habido una defunción en el centro y se van a celebrar las exequias. El Doctor quiere estar presente.*

Siento que mi suspiro de alivio queda fuera de lugar, pero me siento realmente aliviado que no sea él el que esté muerto. Tiene respuestas y yo las necesito. La chica me mira con interés. No soy yo que me lo imagino. Creo que le gusto.

Por un momento, tanteo la posibilidad de decirle algo pero me viene a la mente Itz y sólo puedo agradecerle el mensaje y despedirme formal y educadamente.

Al salir, me doy cuenta que mis zapatillas de deporte también chirrían en el suelo reluciente de la Residencia.

Estoy entrando en el coche cuando suena mi móvil.

- *¡Mamón! ¿Dónde estás? Yo estoy en la puerta de tu casa, en el pueblo.* – Es Simón. *¿Qué hace aquí? Se lo estoy preguntando casi sin darme cuenta.* - *¡Qué cabrón! Y encima lo preguntas. Un mes sin dar señales de vida. No respondes a mis llamadas. Tu hermana me dice que estás “meditando” en el pueblo, Itz ... Itz me dijo cosas raras... Tenía que venir ...*

- *¿Has hablado con ella?*

- *Sí, he hablado con ella, Esteban. Y, ahora, somos tú y yo los que tenemos que hablar, ¿no crees?*

- *¿Qué te ha explicado?* - Ha sonado un poco desesperado, lo admito, pero...

- *¡Joder! ¿Dónde estás? Ven o voy y hablamos.*

Cuando llego a casa, nos fundimos en un abrazo que me alivia. Sabía que Simón era un buen amigo, pero como así es la vida, hasta que no hay algún factor que lo demuestra todo son hipótesis de amistad. En este caso, la hipótesis se ha refutado.

En el trayecto desde la residencia al pueblo he estado pensando y he decidido que le voy a explicar todo a Simón. No sé si Itz le habrá dicho algo, pero quiero que tenga toda la información a su disposición. Por si acaso...

Ha venido para estar conmigo unos días. En vez de alegrarme, lo primero que pienso es que puede interferir en mi cita con el Doctor. Dejo que se acomode cuando entra mi tío. Ha visto un coche desconocido ... Le presento a Simón y como era de esperar, nos invita a su casa a comer migas. Las migas me recuerdan mucho a mi padre...

No puedo hablar con Simón hasta bien entrada la noche. Después de las migas, hemos abusado del orujo casero del pueblo y nos hemos dormido en el sofá de la casa de mi tío.

Es la una de la madrugada y estamos sentados en el Cerro de San Miguel. Hace frío y el cielo está estrellado. Le digo que voy a explicarle lo que me pasa. La verdad. O la verdad que yo creo que es verdadera. Antes, por eso, quiero saber que le ha dicho Itz.

Está muy preocupada y ha llamado a mi hermana a menudo para interesarse por mí. No le ha explicado nada y me alegro. Me lo hubiese tomado como una traición, aunque fuera movida por mi bien y mi estabilidad mental. *“Pregúntaselo a él”*- eso es lo que le dijo y Simón ha venido a preguntármelo.

Confiesa que me encuentra raro desde el ingreso en el Hospital. Y triste, desde la muerte de mis padres...

-. ¿Me dejarás que te lo explique todo sin interrumpirme? - Mi tono es muy serio. – Después, pregúntame lo que quieras, pero deja que te lo cuente todo. Todo.

Simón asiente y yo empiezo a hablar.

Parece un momento de esos tan trascendentales de la vida...

Le relato todo lo que me ha pasado hasta llegar al día de hoy. No me interrumpe. Veo que sus ojos se agrandan cuando le hablo de la batería recargable. Que, si no escribo, se va apagando.

Reprime una mueca cuando le explico que creo que es una tecnología superior. Le especifico que barajo la posibilidad de que sea de invención humana pero que no descarto que venga del...espacio. Observo a mi amigo, intentando no juzgarme. Es un buen tipo.

Llego a mi descubrimiento de otros seres humanos “recargables”. De mi teoría de que hay autores prolíficos que podrán tener este mismo problema. Ha sonreído socarronamente cuando ha sabido que estoy intentando contactar con *Stephen King*. Él, mejor que nadie, sabe que es uno de mis escritores preferidos.

Cuando acabo, le pregunto si no me ve en buen estado físico. Me responde que sí. Le digo que puedo demostrarle lo que le digo: dejaré de escribir mientras él esté en casa para que vea lo que ocurre y, después, escribiré para que vea como me recargo.

Sé que, a Simón, Doctor en Física Experimental y poseedor de una mente científica privilegiada, le tengo que dar algo más.

Causa-Efecto.

Un experimento con todas sus variables. Le digo que lo verá con sus propios ojos. No sé si oirá *el bip-bip* pero es muy posible que si me descargo bastante hasta pueda ver la luz violeta de la recarga.

Tiene miedo. Cree que estoy loco de remate...Es por eso que me sorprende su respuesta. No me esperaba que me dijera que vale. Que se queda. Que quiere comprobarlo. Que quiere ayudarme.

Tal y como hemos acordado, en ese preciso instante dejo de escribir.

Por la mañana, aún no hay efector visibles de mi descarga. Es como un teléfono móvil: no es lo mismo estar a 75% de batería que a 25%... Simón me toma la presión, el pulso y la temperatura. Me hace una revisión visual e introduce todas las cifras en una base de datos en su Mac. No sé si hace todo esto para tenerme contento, para demostrar que no tengo razón y así ayudarme o porque se cree una pequeña porción de lo que le he explicado...

No pasa nada. Yo sé que me descargaré.

Me acompaña a la entrevista con el Doctor Font.

Al hombre le gusta la compañía y se alegra de conocer a Simón. Al saludarme, me da un apretón más largo de lo normal y me pregunta qué cómo me encuentro. Parece preocupado.

Me hace un gesto para que sirva el licor de orujo que esta vez, tiene preparado en una mesa auxiliar. Simón me mira con sorpresa: apenas son las diez de la mañana y vamos a beber un chupito....Sí que no da mucha credibilidad al asunto, lo admito.

Cuando le sirvo al Doctor, le pregunto : *-El otro día me dijo que Lonny Boods le habló de un proyecto secreto que se estaba desarrollando en el aeródromo de Janás. ¿A qué se refería Doctor Font?*

-. Siéntese, hijo , que lo va a necesitar. Y, Ud, - señaló a Simón- *espero que tenga ya la mente abierta. Para eso es el orujo...*

Y con aquella voz tan suave y tan quebrada, el Doctor Font nos explicó lo que viene a continuación :

Lonny me dijo que se había establecido comunicación con una civilización alienígena. Los llamó Leganon. Nunca lo olvidaré...Leganon. Según el americano, para evitar conflictos de un nivel superior que nuestra mente no puede llegar a comprender y que afectaban al fin de la humanidad, estábamos pagando una tasa. Recuerdo sus palabras como si fuera ayer : Taxes , taxes, ... En realidad , es como una ofrenda : ofrecemos algo que quieren de nosotros para que, a cambio, nos dejen en paz.

Oigo como Simón traga saliva. El nivel de fantasía del Doctor superaba con creces lo esperado.

-. ¿Y qué es lo que les estamos dando? ¿Qué les puedo dar yo? – Por el rabillo del ojo veo que Simón me está haciendo gestos. Cree que el anciano ha perdido la chaveta. Cómo yo...

-. Presumo que no dudas ni por un segundo que Leganon existe y no es una fábula de Lonny. No sé si tu amigo pensará lo mismo.Creo que es mejor que la próxima vez, vengas tú sólo.

Se está intentando levantar del sillón. Como surgida de la nada, la enfermera aparece a su espalda y lo ayuda a apoyarse en un andador.

-. Ya tengo muchos años y no tengo por qué aguantar que se burlen de mí Creía que te interesaba el tema. Tú viniste a preguntarme. Tú eres es el que...

-. ¡Joder!- Le interrumpo- Me descargo si no escribo, me voy a morir si no escribo. ¡Claro que creo a Lonny! No me puede dejar así, Doctor.

Nos vamos de la Residencia sin que haya podido concertar otra visita al Doctor Font. Su respuesta ha sido evasiva pero voy a llamar y a insistir hasta que lo consiga. Simón me pide disculpas. Estoy muy enfadado.

-. ¿Proyecto secreto? ¿Civilización alienígena? ¿Leganon?¿ Nos estamos volviendo todos locos o qué? - Simón me da el sermón durante el viaje de vuelta, pero veo su cara de preocupación cuando llegamos a casa y ve que mi estado físico se ha deteriorado considerablemente en 24 horas. Al ritmo que va la cosa, tengo la certeza que en dos días podré demostrarle que me recargo. Pienso escribir sobre lo que ha pasado hoy para seguir la bitácora de mi locura.

Pero no dejo de darle vueltas a las palabras del Doctor. Navego por la red para buscar información de Leganón. Simón, aunque se siente abrumado e incrédulo, también tiene curiosidad.

Descubrimos que es la palabra “Lector” en Esperanto, la Lengua creada artificialmente en 1887 para que sirviera como un sistema de comunicación universal.

Al día siguiente, intento contactar con el Doctor Font. Me dicen que se encuentra mal y que no atiende visitas... Tengo una crisis de ansiedad: necesito ver a ese hombre, cómo sea.

Le digo a Simón que voy a ir solo al centro. Le prometo que grabaré nuestra conversación si tengo la suerte de poder hablar con él. No parece muy convencido, pero estoy muy nervioso... No me sermonea, no me advierte. Me deja ir.

El Doctor acepta verme. Me impacta verlo en la cama y con un aspecto de fragilidad muy acentuado. Le cuesta respirar.

La cuidadora me indica que puedo estar con él diez minutos. Tiene un principio de neumonía y a su edad, la enfermedad es muy delicada.

-. Le he dicho que entraras porque sé que esto es muy importante para ti y no quiero dejarte en la estacada. Soy muy viejo y, cada hora que paso, lo considero un regalo. El último día que nos vimos, me preguntaste qué era lo que les dábamos a los seres de Leganon.

Tose. Le cuesta hablar. Le doy un vaso de agua. El orujo ha desaparecido...

-. Lo que les das es comida. Su comida. Es una sociedad que se alimenta de lectura. Se desarrolla, leyendo... Supongo que siempre hemos pensado en las otras vidas, bajo los parámetros de "nuestras vidas" pero en Leganon es todo diferente. Ellos no necesitan ingerir alimentos, lo que les permite vivir es leer... No sólo les permite el desarrollo físico, también se producen efectos colaterales: aprenden de las experiencias. El cerebro no hace distinciones entre lo que lee y lo que experimenta, así que han acumulado tanta información que su poder es ... inmenso.

-. Pero... Felisa y Teodoro "escribían" ... ¿Qué hacía Lonny? ¿No era ingeniero? - Estoy en un estado extraño. La historia me parece increíble. O sea, no creíble, pero, a la vez, tengo la certeza que toda esa mierda sobre Leganon es verdadera. El Doctor da un pequeño sorbo de agua.. Su piel ha enrojecido visiblemente con el esfuerzo y me da miedo que le pase algo.

-. Cuando se fue de aquí, volvió a su Bronx natal. Me escribía un par de veces al año. Yo lo visité en los años 80. Lo pasaron a la reserva y dejó el ejército activo. Empezó a escribir y, además, se hizo grafitero. Me explicaba que era feliz cuando escribía sus frases en los vagones del metro de Nueva York. Murió de un infarto. Causas naturales.

Según Lonny, Leganon padecía de sobrepoblación. - Continúa el Doctor- ¿Te suena de algo el concepto? Eran tantos que tenían que producir , cosechar letras para alimentar a todo el planeta. Es más, me dijo que las letras caducaban. No servía releer el Quijote. Tenían que tener Literatura Fresca. Como nosotros con la fruta... Parece increíble, lo sé, pero ahora que me estoy muriendo aún tengo mayor certeza que no era una invención de Lonny.

Las personas expuestas a su radiación (la luz violeta que tanto te atormenta) eran posibles receptores pero, alguna vez erraban en la aptitud artística. Gertrudis fue un fallo... La idea era convertirlos en proveedores de lectura de forma regular. Y si no producíais, os eliminaban del mapa apagándoos.

Sólo me ha faltado oír la palabra “apagar”. Un sudor frío me recorre la columna vertebral.

- *¿Y qué puedo hacer?*

- *Yo no lo sé, hijo. Hace tanto tiempo de eso... Me gustaría ayudarte pero ya no queda nadie. Y las luces dejaron de ser visibles por aquí. Todo acabó. Creo que lo único que puedes hacer es seguir escribiendo. Sigue escribiendo, sigue, sigue...*

La tos , ahora, lo ahoga . Su piel se vuelve de color violeta. La enfermera entra en la habitación y lo ayuda a incorporarse en la cama. Mi visita ha concluido. Me despido del Doctor. Le voy a dar la mano pero, en el último momento me acercó a él y le doy un beso en la mejilla. Entonces, me susurra al oído :

- *Una de las frases que pintó en sus grafitis fue :*

Leganon es tiranía.Y yo soy su esclavo...

Simón me espera en casa. Lo primero que me pide es la grabación de mi entrevista con el Doctor Font.

Su expresión es de profunda seriedad.

Mi estado empieza a ser crítico. Estoy en una fase en el que dos días sin escribir me dejan completamente hundido. Nunca me había pasado hasta los episodios de las “ausencias”. Creo que la batería puede estar defectuosa y que se descarga más rápidamente de lo que lo hacía antaño. Es más, yo no me he dado cuenta de nada hasta pasados los cuarenta...

¿Y si ya no necesitan baterías? ¿Ni receptores? En la blogosfera, puedes encontrar millones de blogs literarios que producen diariamente, millones de relatos, cuentos, novelas. Hay más de 200 millones de blogs en activo y se crean más de 150.000 al día.

Se lo comento a Simón que me acaba de hacer su revisión diaria. Tiene que admitir que estoy hecho una mierda.

Lo admite y me pide que empiece a escribir. Por primera vez, siento que tiene miedo no a mi locura. No. A la posible verdad que se vislumbra...

La entrevista con el Doctor Font me ha dejado muy tocado. Todo encaja. Intento transcribir la conversación, tanto para recargarme, y que Simón vea lo que pasa, como para no olvidar todo lo que me ha dicho.

Estoy condenado.

No sé qué eran esas luces. No sé cómo nos hicieron “receptores”. No sé quién o qué lo hizo. ¿Leganon? ¿De verdad? ¿La traducción de “*Lector*” al esperanto?

La historia desafía tanto al sentido común, a la lógica, a la normalidad, que me asusta terriblemente, pero... sé, en lo más profundo de mi ser, que no estoy loco. Que estoy cuerdo y que esto está pasando de verdad, aquí y ahora.

Unos alienígenas me obligan a escribir para que ellos puedan sobrevivir. Y si no escribo, ellos no *comen* y yo, me muero.

Yo, cuando pienso en el ritmo, suelo acudir a Elmore Leonard,
que lo explicó a la perfección diciendo que quitaba las partes
aburridas.

Stephen King

Cuando acabo de escribir sobre el Doctor y Leganon, mi nivel de bienestar físico ha mejorado visiblemente. Yo he estado absolutamente concentrado y no he reparado en Simón.

Tiene los ojos abiertos como platos. Se mesa el pelo, una y otra vez.

-. La he visto. He visto la luminiscencia violeta que emanabas cuando escribes.

No sabe cuánto se lo agradezco.

Lloramos juntos.

Simón se va después de un par de días de investigación intensa. Evidentemente, ni Stephen King ni Ryoki han contestado a mi petición de contacto.

No hay información de Leganon , ni de experimentos, ni de alienígenas.

Es un callejón sin salida.

Antes de subir al coche, Simón me abraza y me susurra al oído: *Escribe, por Dios. No dejes de escribir. Seguiré investigando, te voy a ayudar Esteban. Te lo prometo. Pero tú no dejes de escribir.*

Esa noche no voy a cenar a casa de mis tíos.

Subo al Cerro de San Miguel y me estiro, dando la cara al cielo. No estoy asustado, estoy muy enfadado. Maldigo a Leganon. Invoco a esos putos extraterrestres. Les imploro.

Finalmente, grito.

Oigo el eco desgarrador que se pierde en la noche en calma...

FIN

Epílogo

Esteban Rey ya no está con nosotros. Murió de forma inesperada.

Un accidente tonto.

Salió a correr como cada mañana. El rocío había humedecido los caminos. El suelo estaba cubierto de hojas... Resbaló y cayó de espaldas, golpeándose la cabeza con una piedra inoportuna.

Durante los tres años que pasaron desde mi visita al pueblo, seguimos investigando sobre Leganon y la batería. La llamamos "Writery" ...

Esteban siguió escribiendo. Volvió a Barcelona totalmente recuperado y publicó tres novelas que tuvieron bastante éxito. Me acabo de enterar, que una de ellas, va a ser adaptada para una serie de televisión. Fue feliz, aunque siempre le persiguió la fama de loco porque no desaprovechó ninguna intervención pública para hacer visible su teoría.

Nadie le creyó.

Ni a mí. Tampoco Itz.

Yo vi la luz y pude comprobar los efectos de la "recarga" en su organismo. Conseguí que le hicieran resonancias precisas para detectar el posible artefacto que estaba insertado en su cuerpo, pero nunca conseguimos nada. Cuando repetíamos *los test de carga*, siempre se confirmaban los resultados: si Esteban no escribía, se descargaba.

Esto que acabas de leer, es el diario que escribió durante ese tiempo. Yo sigo investigando la teoría de mi querido amigo Esteban. Lo hago por él, pero también por mí. Sé lo que vi y lo que viví en aquellos días.

Si alguien se siente identificado con alguno de los síntomas de la *Low Writery*, o ha oído hablar de Leganon, ruego que se ponga en contacto conmigo en la dirección de correo electrónico : simon1969@yahoo.com

Cualquier dato será de gran ayuda.

Muchas gracias.

Anexo : Los escritores más prolíficos de la historia.

- 1. Corín Tellado (1927-2009)** La española María del Socorro Tellado López, conocida como Corín Tellado, escribió unas **4000 novelas** románticas a lo largo de su vida.
- 2. Rolf Kalmuczak (1938-2007)** Este escritor alemán escribió **unas 2900 obras**, entre novelas juveniles, de género negro y folletines. Para ellos utilizó más de 100 seudónimos.
- 3. Lope de Vega (1562-1635)** Escribió unas **1800 obras de teatro (además de 3000 sonetos, 3 novelas, 4 novelas cortas, 9 epopeyas, 3 poemas didácticos)**.
- 3. Nicolae Iorga (1871-1940)** Historiador, profesor universitario, crítico literario, dramaturgo, poeta y político rumano se calcula que escribió **unos 1300 volúmenes y más de 25000 artículos** a lo largo de su vida.
- 4. Charles Hamilton (1876-1961)** Escritor inglés, especializado en novelas por entregas en revistas y periódicos, se estima que escribió unas 100000000 palabras, usando unos 20 seudónimos, **el equivalente a 1200 novelas**.
- 5. Mohammad Shirazi (1928-2001)** Autor iraquí que escribió **más de 1200 obras**, entre literatura, ciencia, teología, política, economía, historia...
- 6. Prentiss Ingraham (1843 -1904)** Militar americano que escribió unas **600 novelas y 400 novelas cortas**, y es especialmente conocido por sus series sobre Buffalo Bill.
- 7. Jacob Neusner (1932)** Erudito académico sobre judaísmo, este autor americano escribió alrededor de **950 libros** de historia.
- 8. Laurant Paine (1916 -2001)** Se trata de un escritor americano de westerns. En total escribió **unas 900 obras**, .
- 9. Edwy S. Brooks (1889-1965)** Este autor londinense escribió **unas 800 obras**, la mayoría historias de detectives.
- 10. Barbara Cartland (1901 -2000)** Autora inglesa de literatura romántica, **Barbara Cartland, escribía un nuevo libro cada 40 días** (más o menos).